

Cerca de las estrellas

Ricardo López Aranda

PERSONAJES

PABLO.

ALBERTO.

RICARDO.

PACO.

JUAN.

PONTE.

ANTONIO.

ADELA.

LAURA.

MARGARITA.

ANDRÉS.

VECINA 1ª.

VECINA 2ª.

VECINA 3ª.

VECINA 4ª.

VECINA 5ª.

VECINA 6ª.

VECINO 1º.

VECINO 2º.

NIÑA 1ª.

NIÑA 2ª.

NIÑA 3ª.

NIÑO 1º.

NIÑO 2º.

NIÑO 3º.

NIÑO 4°.

NIÑO 5°.

NIÑO 6°.

MUCHACHO 1°.

MUCHACHO 2°.

MUCHACHO 3°.

MUCHACHA 1ª.

MUCHACHA 2ª.

MUCHACHA 3ª.

CARLITOS.

PILI.

Acto I

La obra se desarrolla durante un domingo de verano en una ciudad de provincias con puerto de mar, situada en la costa mediterránea. La luz y el color desempeñan un papel muy importante: sol hiriente en el encalado de las paredes, azul intenso en el fondo, más allá de los tejados de las casas, etc.

La escena representa el último piso de una casa de vecindad. A la derecha, una pequeña terraza con, al fondo, repecho de ladrillo encalado que da a la calle. En la esquina, puerta que comunica con la escalera de la casa. En primer plano, el hueco del patio protegido por una barandilla de hierro pintada de negro. Cruzan el cielo cables del tendido eléctrico y se entrevé en el chaflán, sobre la puerta de la escalera, el depósito del agua. A la izquierda, sobre tarima de unos quince centímetros, una habitación que hace de sala de estar y de comedor. Paredes empapeladas, mesa redonda de madera oscura, con un camino de mesa blanco y un tiesto en el centro, sillas, una mecedora, un pequeño diván-cama, una radio sobre el aparador, una máquina de coser, un maniquí, jaula con un canario, una

lámpara de pie. A la izquierda, puerta que da a la terraza. En el centro, puerta que lleva a un pasillo donde están la cocina y otras habitaciones. Más a la izquierda, escalera que lleva a la habitación de los chicos que tiene el techo agaterado y en el que hay una lucera. Dos camas gemelas, mesilla, una pequeña biblioteca, y profusión de cromos de equipos de fútbol, calendarios, etc. Paredes exteriores desconchadas, asomando el ladrillo. En la terraza, profusión de macetas con geranios, etc. Al lado izquierdo de la puerta de la escalera hay un grifo con agua corriente y pileta. Fondo de cielo. He aquí lo más importante del decorado: la luz plateada de la mañana, la luminosidad radiante del mediodía, el rosa rasgado en franjas amarillas y rosas de la tarde y el morado del crepúsculo. Ya en la noche, extraños puntos de luz parpadean y desaparecen como ojos vivos del mar.

Son las primeras horas de la mañana de un domingo.

ADELA está regando unas macetas que hay en la terraza en el extremo del escenario, junto al hueco del patio. Canta una tonadilla popular. PABLO da vueltas en círculo montado en una bicicleta imaginaria, dándose a sí mismo gritos de aliento como si se tratase de un as del pedal en los momentos culminantes de una escalada. En la sala, RICARDO ha terminado el desayuno y está leyendo el periódico. ANTONIO se afeita, en camiseta, frente a un pequeño espejo que cuelga de un clavo en la pared.

Al levantarse el telón se oye un rumor de voces, risas y ruidos de platos y cañerías que vienen del patio. En algún sitio, una radio lanza al aire una canción de moda. En primer plano, se oye la voz de una NIÑA que hace escalas acompañada del piano.

NIÑA 1^a.- (Voz de.) ...la... ssiii...

VECINA 1^a.- (Voz de.) Niña ...

PABLO.- ¡Vamos...

NIÑA 1^a.- (Voz de.) ...doo...

VECINA 1^a.- (Voz de.) ¡Niña!... ¡Madre mía, ni que la estuvieran pisando! ...

ALBERTO.- ¡Vamos, muchacho!

RICARDO.- (Por el periódico.) Es que no trae nada que...

NIÑA 1ª.- (Voz de.) ...reee...

PABLO.- ¡Un poco más ...

RICARDO.- ...merezca la pena.

PABLO.- ¡Más! ...

(Sale PACO de la cocina, en camiseta, secándose con una toalla. Murmura un «¿Qué hay...?» al pasar junto a RICARDO. Sube a la habitación de arriba, donde JUAN duerme aún, y comienza a vestirse.)

PONTE.- (A PABLO.) Deja ya de dar vueltas...

NIÑA 1ª.- (Voz de.) ...faaa...

VECINA 1ª.- (Voz de.) Y que no calla

(Cesa la música de la radio. Se oye una ventana que se cierra violentamente. Las escalas continúan apenas perceptibles.)

ANTONIO.- Hombre, a veces...

VECINA 1ª.-(Voz de.) ¡Ay, menos mal!

ADELA.- ¿Me has oído? (Se oye caer agua en el patio.)

PABLO.- (Grita.) ¡Aaaah...! Y llegó a la cumbre... (Los brazos en alto en gesto victorioso.)

VECINA 1ª.- (Voz de.) ¡Maldita sea!...

PABLO.- ¡Con diez minutos de ventaja!...

VECINA 1ª.- (Voz de.) ¿Otra vez?...

ADELA.- ¿Es que no puedes estarte quieto...

VECINA 3ª.- (Voz de.) ¿Qué pasa?

ADELA.- ...ni un minuto?

VECINA 2ª.- (Voz de.) ¿No ve usted que tengo ropa colgada?

VECINA 3ª.- (Voz de.) ¿Y qué quiere usted que haga con el agua?...

ADELA.- Me estás mareando.

VECINA 3ª.- ...¿Que me la beba?...

ADELA.- ¿Me has oído?

VECINA 2ª.- ¡Lo que hay que aguantar! ...

PABLO.- Sí, mamá.

VECINA 3ª.- (Voz de.) Tengo las cañerías atascadas.

VECINA 2ª.- (Voz de.) ¡Miren cómo me ha puesto las sábanas!

(Se oye una carcajada. Alguien grita: «Pamplinera... ¿Quién se habrá creído que es?» Una ventana se cierra violentamente. Se oye llorar a un niño.)

PABLO.- ¡Papá! ...

RICARDO.- ¿Qué?...

(PABLO se apea. Deja la imaginaria bicicleta apoyada en la barandilla y entra en la casa.)

VECINA 3ª.- Pues para eso están los patios; digo yo, ¿no?

PABLO.- (ARICARDO, con cierto misterio.) ¿Se lo has dicho?

VECINA 2ª.- Sí, para que se vea...

RICARDO.- No, aún no.

VECINA 2ª.- ...bien la poca educación de algunas.

VECINA 3ª.- ¡Aaaah...! **(Se la oye cerrar la ventana violentamente.)**

PABLO.- Pues anda...

RICARDO.- Espera, tú déjame a mí.

(PABLO sale a la terraza y se asoma por el repecho con las manos en los bolsillos. En el patio la música de la radio aumenta de volumen. Entran corriendo varios NIÑOS y NIÑAS por la puerta que da a la escalera. Uno de ellos trae una cometa grotescamente pintada. PABLO saluda a alguien que pasa por la calle, y grita haciendo bocina con las manos.)

PABLO.- ¡Aaaeeoooo...!

NIÑO 1º.- ¿Quién te la ha dado?

RICARDO.- (Deja el periódico que leía, coge otro.)
Nada, es una tontería gastarse el dinero en ellos.

NIÑO 2º.- Me la trajo ayer mi padre.

NIÑA 1ª.- ¿A ver...?

PABLO.- ¡Aaaeeoooo...!

ANTONIO.- Hombre, la página de deportes puede leerse.

NIÑA 2ª.- ¡Qué bonita!

NIÑO 1º.- ¿Y sube mucho...?

NIÑO 2º.- Hasta que no se ve.

MUCHACHO 1º.- (Voz de, en la calle.) ¿Bajas?

NIÑO 4º.- ¿Me la dejas tener un poco luego?

RICARDO.- Lo único.

NIÑO 2º.- Ya veremos.

PABLO.- ¡Dentro de un rato!...

NIÑO 2º.- (Dando al NIÑO 1º el rollo de cuerda.) Ten esto.

ANTONIO.- ¿Qué alineación lleva el Madrid?

(RICARDO lee la alineación de este equipo en el último partido.)

NIÑO 4º.- Luego me la dejas tener un poco a mí también, ¿verdad?

NIÑO 4º.- ¡Y a mí!...

NIÑO 5º.- ¡Y a mí!...

MUCHACHO 2º.- (Voz de.) Te esperamos en el desmante.

NIÑO 6º.- Y a mí también, ¿eh?

NIÑO 2º.- Ahora, a ninguno. Trae. **(Quita al NIÑO 1º el rollo de cuerdas.)**

PABLO.- ¡Buenooo...

NIÑO 1º.- Pero a mí me habías dicho que...

NIÑO 2º.- ¡A ninguno! **(Recoge la cometa y sale corriendo por la derecha hacia el otro extremo de la terraza que no se ve. Todos los niños corren detrás.)**

PABLO.- ¡Mamá...

ANTONIO.- (Después de escuchar la alineación que RICARDO ha leído simultáneamente a este diálogo.) Lo que daría por estar allí...

PABLO.- ¡Mamá!...

ADELA.- ¿Qué?

VECINA 4º.- (Voz de.) Carlitos!...

PABLO.- ¿Puedo ir a la calle?

VECINA 4º.- (Voz de.) Ya estás bajando ahora mismo...

ADELA.- Primero, quítate esa ropa.

VECINA 4º.- ¡Mira que sé que estás ahí!

(Entra el NIÑO 3º. Queda junto a la barandilla del patio, pero sin asomarse, como no queriendo que le descubran.)

VECINA 4º.- ¡Carlitos! ...

NIÑO 3º.- (Asomándose.) ¿Qué?

VECINA 4ª.- Baja inmediatamente.

CARLITOS.- ¡No!

PABLO.- Pero ¿por qué?

VECINA 4ª.- Que tienes el desayuno sobre la mesa.

CARLITOS.- ¡No! ...

ADELA.- No discutas y haz lo que te digo.

VECINA 4ª.- ¡Que subo y te arrastro!

ADELA.- (Al NIÑO 3º.) Vamos, Carlitos, sé obediente.

CARLITOS.- ¡Hum!... **(Hace un mohín y da una patada en el suelo.)** ¡Ya voy!... **(A los otros NIÑOS.)** En seguida vuelvo. **(Sale por la puerta de la escalera.)**

PABLO.- Pero hoy es domingo, ¿no? No sé para que...

ADELA.- (A la VECINA 4ª por el hueco del patio.)
Buenos días.

PABLO.- ...me has comprado este traje tan bonito, si luego. ..

VECINA 4ª.- (Voz de.) Buenos días, señora Adela.

PABLO.- ...no me lo dejas poner nunca.

VECINA 4ª.- (Voz de.) Pero ¿ha visto usted? ¡Qué manía!
Si es que un día...

(Entra LAURA. Viene de la cocina. Trae un tazón de desayuno.)

VECINA 4ª.- (Voz de.) ...van a matarse. Que no tienen conocimiento. Y luego, por no oírles chillar allá arriba a todas horas.

LAURA. El desayuno...

VECINA 4ª.- (Voz de.) Y no sé cómo no la vuelve loca, señora Adela.

LAURA.- ¡El desayuno! ...

ADELA.- Todo es acostumbrarse.

ANTONIO.- Déjalo sobre la mesa.

VECINA 4ª.- (Voz de.) Ya está aquí. Perdona.

LAURA.- ¿Aún estás así?

ADELA.- Hasta luego, señora Marcela.

(Se oye la voz de la VECINA 4ª que grita: «Pero ¿tú te has creído que...?» Suenan un par de bofetadas y el llanto del NIÑO 3º. Luego, las voces se pierden.)

ANTONIO.- Me estoy afeitando, ¿no?

PABLO.- (A ADELA, que recoge la basura que ha estado barriendo. A la carga.) ¿Me dejas?... ¿Eh...?

LAURA.- Ya veo. Déjame pasar. ¡Que te apartes!..

ADELA.- ¿Adónde?

ANTONIO.- No me pongas nervioso. Me voy a cortar.

PABLO.- No sé. Por allí...

(LAURA abre la cómoda, saca el pan, lo corta. PABLO da vueltas alrededor de su madre, intentando convencerla.)

ADELA.- (Barriendo.) Por ahí!, ¡por ahí!... Ya sé yo dónde es «por ahí»... Al desmonte, a jugar con la dichosa pelota y a romper los zapatos. Ya puedes mirar lo que te duran esos, pues no pienso comprarte otros en dos años por lo menos. (Sale un instante por la puerta de la escalera a dejar la basura en el cubo que se supone fuera.)

RICARDO.- (Leyendo aún.) «Cada día se mata más gente con las motos.»

LAURA.- Deberían prohibirlas. Siempre lo he dicho.

PABLO.- Pues a Paco bien le compras.

ADELA.- Paco es un hombre, y tiene que salir con chicas y esas cosas.

RICARDO.- ¿Piensas ir al partido?

PABLO.- ¡Yo también soy un hombre!

ANTONIO.- Sí, con Paco.

ADELA.- Tú eres un niño.

ANTONIO.- Compramos ayer las entradas al salir del garaje.

PABLO.- Tengo ya quince años, ¡y también salgo con muchachas!

ADELA.- (Amenazándole.) Que te vea yo y verás qué bofetada te doy. (Comienza a limpiar el polvo con una bayeta. PABLO vuelve a asomarse y hace hacia la calle un gesto de impotencia, encogiéndose de hombros.)

LAURA.- ¡El fútbol! ... No pensáis más que en el fútbol! ¡Apártate! ...

ANTONIO.- ¿Otra vez?

ADELA.- Tú lo que tienes que hacer es estudiar...

LAURA.- Tú y todos...

ADELA.- ...y dejarte de tonterías.

LAURA.- ...¡no tenéis otra cosa en la cabeza!...

ADELA.- Ya te llegará la edad, y a.

(PABLO tira una piedra a la calle. Se oye una voz de NIÑA que grita: «¡Idiota!...»)

ANTONIO.- Bueno, ¿y qué?

ADELA.- Tendrás tiempo hasta para aburrirte. ¿Qué has hecho?

PABLO.- Nada.

ADELA.- Que no te vea yo tirar piedras a la calle. Estoy hasta aquí de quejas de los vecinos.

(En la habitación de arriba PACO continuará vistiéndose. JUAN duerme. Se agita de cuando en

cuando. PABLO entra en la casa, coge un balón de reglamento y sale a la terraza, donde comienza a hincharlo con la bomba de la bicicleta. Se oye fuera la algarabía de los NIÑOS, que han conseguido remontar la cometa.)

RICARDO.- ¿Qué tal van las cosas por el garaje? Me dijo Paco que habíais tenido unas palabras con el encargado.

ANTONIO.- Nos vino gritando el jueves no sé por qué tontería. Hacía tiempo que la atmósfera estaba de trueno. Como se han ido dos a la mili, prácticamente está en nuestras manos. Le pusimos bueno.

RICARDO.- Y él, ¿qué?

ANTONIO.- No, si ya me lo figuro... **(Ríe. Parodiando.)** ...«Les digo a ustedes que esto es un abuso...» **(Ríe.)** Nos oyó. Te juro que nos oyó.

RICARDO.- «...les digo a ustedes...», y la panza para arriba y para abajo... **(Ríen los dos.)**

ANTONIO.- Dicen que han visto a su mujer...

(Entra LAURA. Al verla, ANTONIO termina la frase al oído de RICARDO. Ríen ambos.)

LAURA.- ¿Qué pasa ahora? ¿Eh?...

ANTONIO.- ¿Es que no va a poder uno ni reírse?

(ADELA, ahora, está limpiando la barandilla del patio con una bayeta.)

LAURA.- Sí, reíd, ¡reíd! . Es lo único que sabéis hacer. Eso y estaros en la taberna hablando de fútbol las horas muertas.

VECINA 4ª.- Buenos días, señora Adela.

(Pasa una bandada de pájaros, gritando.)

ANTONIO.- Ooooh...!

ADELA.- Y tan buenos, que dan ganas de sacar una silla a la terraza y estar así hasta la noche...

LAURA.- No sé qué diversión podéis sacar de...

(Se oyen en la calle varias voces de muchachos que gritan: «¡Pablo...! ¡Pablo...!» Este corre a asomarse, los saluda y agita el balón en alto.)

ADELA.- (Mira al cielo.) ¡Hasta los pájaros van locos!

LAURA.- ...de ver a unos hombres en calzoncillos, corriendo tras una pelota como críos.

ANTONIO.- Ya está bien, ¿no?

VECINA 5ª.- (Voz de.) ¿Qué hay de nuevo?

ADELA.- Pues ya ve. Aquí, limpiando un poco.

(Las voces siguen gritando: «¡Pablo...! ¡Pablo...!»), cada vez más apremiantes.)

ADELA.- Pero, ¡Dios mío!, qué precioso se le ha puesto a usted ese clavel.

PABLO.- (A la calle.) ¿Qué hay?

VECINA 5ª.- (Voz de.) Lo cuido mucho.

MUCHACHO 3º.- (Voz de, en la calle.) ¿Bajas?

ADELA.- Hola, Margarita, hija.

PABLO.- Esperadme un minuto.

MARGARITA.- (Voz de.) Buenos días, señora Adela.

ADELA.- Madre mía, pero ¡qué capullito tiene usted ahí! Si da bendición verla.

MARGARITA.- (Voz de.) ¡Qué cosas tiene! **(Ríe.)**

PABLO.- (Acercándose.) Mamá...

ADELA.- Al que hace mucho que no veo es también a Andresito.

PABLO.- ¡Me están llamando mis amigos...!

VECINA 5ª.- (**Voz de.**) Aún no se ha levantado. Pedro, tampoco.

ADELA.- Los hombres ya se sabe... (**Las voces de los chicos: «¡Pablo...! ¡Pablo...!»**, continúan.)

PABLO.- ¿Puedo bajar? (**Se asoma un instante a la calle; grita: «¡Ya voy...!»**)

ADELA.- ...los domingos aprovechan.

PABLO.- (**Vuelve a su madre.**) ¿Eh?...

VECINA 3ª.- Y que lo diga.

ADELA.- Perdóname un momento. Este hijo no me deja vivir.

VECINA 5ª.- Dígamelo usted a mí. Adiós, señora Adela.

ADELA.- ¿Qué es lo que quieres?

PABLO.- Que si puedo bajar.

(**Las voces de los chicos: «Pablo, ¿bajas ya?...» «¡No seas pesado!...» «Que nos vamos..., ¿eh?...»**, continúan.)

PABLO.- ¿Oyes?...

ADELA.- Ya oigo, ya. Anda, anda; pero a ver cómo vuelves.

(**En la habitación, JUAN se despierta sobresaltado.**)

PACO.- ¿Qué te ocurre?

PABLO.- (**Alborozado.**) Gracias, mamá

JUAN.- Nada.

PABLO.- Eres lo más bonito del mundo. (**Se cuelga de su**

cuello y la besuquea.)

PACO.- ¿Otra vez las pesadillas?

JUAN.- Sí.

ADELA.- (Intentando desprenderse de su abrazo.)

¡Huum!... Anda, zalamero. No me besuquees más.

PABLO.- Hasta luego. (Coge el balón, va a la barandilla y hace a sus amigos, balón en alto, con gesto triunfal, que es acogido con silbidos, hurras y bravos unánimes. Va a salir.)

ADELA.- ¡Un momento!

(ANTONIO termina de afeitarse y entra en la cocina a lavarse.)

PABLO.- (Ya en la puerta.) ¿Qué?

ADELA.- ¡El balón!

(Se interpone en la puerta. Avanza hacia él queriendo quitárselo. PABLO retrocede de espaldas.)

JUAN.- ¿Qué hora es?

PABLO.- Pero, mamá...

PACO.- Las diez y media.

JUAN.- (Desperezándose.) ¡Ooooh! ...

ADELA.- Por ahí sí que no paso.

(Va a quitarle el balón; PABLO le hace un regate. Arroja el balón a la calle. Da una vuelta en torno a su madre y sale corriendo por la puerta de la escalera.

Abajo, gritos de: «¡Ya era hora...!» «¡Centra...!»
«¡Ya...!» «¡Cabeza...!» «¡Buena...!», «¡Aah...!»)

PACO.- ¿Puedo ponerme tu corbata nueva?

JUAN.- Cógela. **(Pausa.)** ¿Para quién te acicalas tanto?

PACO.- Adivínalo.

JUAN.- No será para Carmen...

ADELA.- Pablo, vuelve aquí. Te he dicho que vuelvas.
¿No me has oído? ¡Ay Dios mío, qué hijos estos!

JUAN.- ...esa está ya harta de verte con el buzo de mecánico... **(ADELA ha entrado en la casa, pasa a la cocina y sale con un cesto de ropa. Se oye dentro un grito de desencanto de los NIÑOS.)** ...Así que no pensarás ir a deslumbrarla ahora con una corbata nueva de diez duros.

PACO.- **(Pícaro y misterioso. Haciéndose el interesante.)** No se trata de ella.

ADELA.- **(Saliendo a la terraza.)** Laura, sácame pinzas.

LAURA.- **(Dentro.)** Ahora.

JUAN.- ¿Entonces?

PACO.- ¿Es que solo tú puedes tener aventuras?

(JUAN ríe. Al salir hacia el tendedero, ADELA, tropieza con el NIÑO 5º, que viene llorando. Detrás los demás, encabezados por el NIÑO 2º, dueño de la cometa, que miran hacia el cielo donde ésta se pierde. ANTONIO sale de la cocina secándose con una toalla. PACO silba.)

ADELA.- ¿Qué te pasa?

NIÑO 5º.- **(Lloriqueando.)** Me... ha... pegado...

PACO.- ¿No vas a levantarte?

ADELA.- ¿Quién ha sido?

NIÑO 5º.- Este. **(Señala al NIÑO 2º.)**

JUAN.- Todavía no. **(Coge un libro de la mesilla, conecta la radio y enciende un cigarrillo.)**

NIÑO 2º.- La ha soltado adrede.

ADELA.- ¿No ves que es más pequeño que tú? ¡Ganso! Vergüenza debería darte ¡Aire! ... ¡Aire! ...

(Los NIÑOS salen retrocediendo de espaldas y diciendo al NIÑO 5º, más por gestos que por palabras: «Ya te cogemos por nuestra cuenta...» «Buena te espera...» «Esta la vas a pagar...»)

ADELA.- (Al NIÑO 5º que sigue lloriqueando.) ¡Y tú no llores más! Anda! (Sale el NIÑO 5º.) Jesús, qué críos! ...

JUAN.- ¿Qué película viste anoche?

ADELA.- (Saliendo.) ¡Laura! ...

(Se oye suavemente un disco de Lola Flores en una radio. Canción: «No me tires indirectas.»)

PACO.- No fui al cine. Estuve con una muchacha.

JUAN.- ¿Otra?... Chico, Marlon Brando a tu lado...

ADELA.- (Ya fuera de escena.) ¡Laura, las pinzas!...

(Entra LAURA con la jaula del canario y la cuelga en la terraza.)

LAURA.- ¡Ya va! ... (ANTONIO se ha puesto la camisa y desayuna. RICARDO hace el crucigrama del periódico. Entra LAURA en la cocina.) ¡Qué vida!...

PACO.- Tienes que conocerla, hombre. Se llama Eulalia. Su madre tiene una mercería al final de la calle.

RICARDO.- (Leyendo.) Falta en fútbol: siete letras.

JUAN.- ¿Y qué tal?

PACO.- Todavía nada. (Confidencial.) Pero espero que hoy se dé bien.

ANTONIO.- Córner.

JUAN.- (Irónico.) ¡Qué impulsivo! ...

PACO.- ¡Quién va a hablar!...

RICARDO.- (Contando con los dedos.) Esa tiene seis.

JUAN.- Si se entera Carmen, te deja plantado.

ADELA.- (Fuera.) Laura, hija, ¿traes las pinzas o no?

PACO.- No tiene por qué enterarse.

LAURA.- ¡Qué ya vaaa...! (Coge el cesto de las pinzas y sale. Atraviesa la terraza y desaparece por la derecha.)

PACO.- Ella cree que vengo derechito a casa después de dejarla. ¡Ja!..., ¡Qué simples son las mujeres!

(Se oye el zumbido de un avión y las voces de los NIÑOS que gritan: «¡Un avión...!» «¡Un avión...!» Han entrado y miran al cielo. «¿Dónde está?» «¡Allí!... ¡Allí!...», señalan, con los brazos extendidos, mirando al cielo. El zumbido se aleja. Entonces los NIÑOS extienden los brazos haciendo el avión, e imitando su zumbido: «¡Ranuaununua...!»), salen.)

RICARDO.- Pe-nal-ty. Siete. Justo.

PACO.- Oye: y tú y Margarita, ¿qué?

JUAN.- Qué, ¿de qué?

PACO.- Hombre, se entiende.

JUAN.- Si te refieres a eso, no.

PACO.- Será porque tú no quieres.

JUAN.- Será.

(LAURA entra en la terraza y coge el recipiente del agua de la jaula. PACO, entre tanto, se cepilla el traje y los zapatos, pone el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta, etc.)

RICARDO.- Nombre de rey godo. Ocho letras.

ANTONIO.- Eso pregúntaselo a Juan.

RICARDO.- Lo dejaré para cuando baje.

LAURA.- (Entrando en la casa.) ¿Aún estáis así? (Entra

en la cocina.)

ANTONIO.- Hasta las dos hay misa en la parroquia.

LAURA.- (Dentro.) Pero yo quiero oír... **(Sale con el agua y pasa a la terraza colocándola en la jaula.)** la misa mayor.

ANTONIO.- ¡Vaya capricho! ¿No dará igual una que otra? Y si tanta prisa te corre, ¿por qué no te vas tú sola?

LAURA.- Eso quisieras tú; para largarte a la taberna con los amigotes; ¡a las diez y media de la mañana!

ANTONIO.- ¡Ya está bien de llamarlos amigotes!

RICARDO.- Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué gritáis tanto?

ANTONIO.- (Ha ido hasta la puerta y grita asomado a la terraza.) ¿Es que yo llamo así a toda esa pandilla de amigas cursis que desde hace tiempo infestan mi casa a todas horas?

LAURA.- ¡Su casa! ... ¿Habéis oído? ¡Su casa! ... ¡Mi casa! La casa de mis padres, ¡que no se te olvide... **(Llora.)**

ANTONIO.- (Volviéndose a RICARDO.) Ahora resulta que... ¡Bueno, es el colmo!

ADELA.- (Entrando.) Pero, hija, ¿qué te ocurre?

(PACO sale de la habitación después de decir un rápido «hasta luego...!», al que JUAN solo contesta con un gesto.)

RICARDO.- Déjala, Antonio. No le hagas caso. Todas las mujeres se ponen un poco nerviosas cuando les llega el momento.

LAURA.- Soy muy desgraciada.

ADELA.- Vamos, si no es nada. Eso pasará pronto. Estás muy pálida. Y es que no comes nada.

ANTONIO.- Cualquiera diría que es la primera mujer que va a tener un hijo sobre la tierra.

PACO.- (Bajando.) Buenos días, papá. Hola, Antonio. **(Entra en la cocina.)**

ANTONIO.- ¿Qué hay?

RICARDO.- Buenos días.

ADELA.- Voy a traerte una silla para que tomes el sol en la terraza.

PACO.- **(Dentro.)** ¿Dónde están las mujeres?

ANTONIO.- Ahí fuera.

ADELA.- Mira qué hermoso día hace.

PACO.- **(Saliendo a la terraza.)** ¿Qué hay, pequeñas?
(Besa a su madre, la coge por la cintura y le da vueltas en el aire a su alrededor.)

ADELA.- ¡Quita! ¡Quita, no seas bruto! ¡Que me mareas!....

(PACO ríe. La deja en el suelo. Se acerca a LAURA y la besa.)

PACO.- ¿Qué te ocurre?

LAURA.- Nada.

ADELA.- Llévate este cesto y saca la mecedora para tu hermana.

PACO.- **(Hace una reverencia grotesca.)** Al instante son servidas las señoras. **(Coge el cesto.)** Tengo un hambre de lobo. **(Entra riendo en la casa. Ruido de agua al caer al patio.)**

ADELA.- **(Entrando detrás de PACO.)** ¡Ay, seguro que el dormir te despierta el apetito!

VECINA 2ª.- **(Voz de.)** ¿Otra vez?

ADELA.- Y es que, después de roncar como lo haces durante toda la noche, no comprendo cómo puedes levantarte siquiera.

VECINA 2ª.- **(Voz de.)** Todo el día tirando porquerías al patio, ¡y yo de fregona!

RICARDO.- ¿A que no sabes quién se ha muerto, Adela?

LAURA.- Otro. Parece un pájaro de mal agüero. **(Entra**

PACO con la mecedora de la cocina y la saca a la terraza.)

LAURA.- Siempre está con lo mismo.

PACO.- Pero, bueno, ¿qué te pasa?

LAURA.- Te he dicho que nada

PACO.- Está bien. No hace falta morder para eso.

ADELA.- (Desde la cocina.) ¿Quién decías que se ha muerto, eh?

(PACO se ha asomado al repecho, colocando las manos en bocina, grita hacia la calle: «¡Adiós, guapa...!» «¡Aaaah...!» Silbido de admiración.)

RICARDO.- La señora Gertrudis.

ADELA.- (Dentro.) ¿La mujer de Gerardo, el del economato?

(PACO lanza otro silbido de admiración. Ríe.)

RICARDO.- La misma.

ADELA.- (Entrando con el desayuno.) La pobre. Así que hace una temporada que no la veía. **(Sale a la cocina. Sigue hablando desde dentro.)** Decían que si tenía cáncer. Mira que llevamos una racha **(Entra con un servicio de desayuno.)** en el barrio... ¡Paco!...

PACO.- (Volviéndose.) ¿Qué?

ADELA.- Se te va a enfriar.

PACO.- ¡Voy!... **(Entra. Se sienta a la mesa.)**

ADELA.- Mira que no pasa una semana sin que no se pasee por el barrio un carro negro con cura delante.

LAURA.- (Grita.) ¿No podéis dejar esa conversación?

PACO.- (Bebe.) ¡Uf!... Me quemé.

RICARDO.- Hija, ¿es que no vamos a poder hablar?

ADELA.- Te está bien. Así aprenderás a no correr tanto.

LAURA.- Hablad de cosas alegres.

ADELA.- Tiene razón la chica. Da mala espina hablar de muertos en una casa en que se espera un niño.

ANTONIO.- ¡Qué tontería (PACO comienza a reír por algo que ha visto en el periódico que su padre lee frente a él.)

ADELA.- Mira este. Se ríe como los tontos.

PACO.- Pero ¡qué bueno! Fíjate qué chiste más gracioso, Antonio. ¡Eh, que así no veo nada

(RICARDO mira el chiste. Sobre su hombro lo mira también ADELA. Ríen ambos. PACO ríe también. Se acerca ANTONIO, mira y ríe también.)

RICARDO.- Está bien, ¿verdad?

ANTONIO.- Muy bueno.

(Los tres hombres ríen incontinentemente. Se oye la voz de PABLO, que grita desde la calle: «¡Mamá...!»)

ADELA.- ¡Qué tripa se le habrá roto a ese ahora!

PABLO.- (Voz de.) ¡Mamá...

ADELA.- (Saliendo.) ¡Ya voy! . . .

RICARDO.- ¿Y tu hermano? ¿Se ha despertado ya?

PACO.- Sí.

ADELA.- (Asomándose a la calle.) ¿Qué te pasa?

RICARDO.- ¿Va a bajar?

PABLO.- (Voz de.) ¡Tírame la cartera!...

PACO.- No sé...

ADELA.- ¿Dónde está?

PABLO.- (Voz de.) En el bolsillo del pantalón viejo.

RICARDO.- ¿Qué hace?

PACO.- Leer, para no variar. **(Entra ADELA y busca la cartera. Sale.)** Oye, mamá: ¿nació ya Juan con un libro en la mano? No me extrañaría.

ADELA.- Deja en paz a tu hermano. Preocúpate de tus asuntos. **(Sale a la terraza.)** ¡Allá va! ... **(Tira la cartera.)**

PACO.- Bueno, me voy.

RICARDO.- Hasta luego, hijo.

PACO.- Adiós, papá.

ADELA.- **(A PABLO.)** Y a ver dónde te metes.

(PACO sale en ese momento de la casa, se acerca a ADELA por detrás y le tapa los ojos con ambas manos.)

PACO.- ¿Quién soy?

VECINA 4^a.- **(Voz de.)** ¡Paco! ...

ADELA.- Anda, no seas ganso.

VECINA 4^a.- **(Voz de.)** ¡Paco!...

PACO.- **(Deja a su madre. Se asoma a la barandilla.)**
¿Qué...?

VECINA 4^a.- **(Voz de.)** Te llaman por teléfono.

PACO.- ¿Quién es?

VECINA 4^a.- **(Voz de.)** ¡Quién va a ser!...

PACO.- ¿Una chica...?

VECINA 4^a.- **(Voz de.)** ¡Menudo pillo estás tú hecho!...

PACO.- Ahora mismo bajo. **(A su madre.)** ¿Te das cuenta, mamá, cómo me persiguen las muchachas? **(Ríe ADELA. Le da un azote y sale corriendo.)**

ADELA.- ¡Ay!... Ya te voy a dar yo cuando te coja. **(Se acerca a LAURA.)** Notienen respeto. ¿Te encuentras mejor, hija?

LAURA.- Sí, mamá.

(En este momento sale a la terraza ANTONIO, ya completamente vestido.)

ANTONIO.- Cuando tú quieras. Yo ya estoy.

ADELA.- No te canses mucho, hija. Si no fuera porque hace un día tan hermoso... Y ten cuidado al bajar y subir las escaleras. **(Entra en la casa.)**

LAURA.- Que sí..., ya he oído!

ANTONIO.- ¿Vamos?

LAURA.- Ahora no me da la gana a mí.

ADELA.- ¿Y cuántos años dices que tenía la pobre?

RICARDO.- ¿Eh? ¿Quién?

ADELA.- Doña Gertrudis. ¡Quién va a ser!

RICARDO.- Yo qué sé. No me he fijado.

ADELA.- Pues míralo.

(Mutis a la cocina. JUAN se ha levantado. Se pone el pantalón y unas zapatillas. Luego recoge los libros, apaga el cigarro y desconecta la radio.)

ANTONIO.- Pero, mujer, por nada te pones como una fiera.

LAURA.- Por nada... ¡Por nada! A ti quisiera yo verte en mi lugar.

ANTONIO.- Es que a veces tienes unos caprichos...

RICARDO.- Aquí está.

LAURA.- Lo que pasa es que no me tienes consideración.

RICARDO.- Cincuenta y dos.

LAURA.- Otros maridos están siempre en casa cuando...

ADELA.- (Dentro.) ¿Eh?...

RICARDO.- ¡Cincuenta y dos! ...

LAURA.- ...Pero tú todo lo compones con ir de la bolera a la taberna y de la taberna a la bolera, con los amigos, sin acordarte paránada de mí. **(Sale ADELA secando un cazo.)**

ADELA.- (Saliendo.) ¿Sesenta y dos?

RICARDO.- Cincuenta..., ¡cincuenta y dos!

ADELA.- ¡Oh, no! no es posible. Te digo que no.

RICARDO.- Aquí lo dice. Mira: «Doña Gertrudis López Sánchez falleció a los cincuenta y dos años de edad...»

(ADELA lee, deniega con la cabeza. En este momento, JUAN sale de su habitación.)

ADELA.- ¡Que no! ¡Que no!... Seguro que son más. Pero si ella iba ya a la costura cuando yo saltaba a la comba.

RICARDO.- Saltarías... a la comba... después de... después de venir del baile... ¡Ja! **(Ríe. JUAN baja.)**

ADELA.- Pero qué ganso te pones a veces! Eres más niño que los muchachos.

(Le da un empujón cariñoso. Se oye en el patio el llanto de un niño pequeño. LAURA, que está sentada en la mecedora junto a la barandilla, se inclina y escucha atentamente un instante.)

JUAN.- (Ya en la sala.) Buenos días, mamá. Buenos días, papá.

ADELA.- Buenos días, hijo. **(Le besa.)**

RICARDO.- Hola, Juan. ¿Qué hay?

JUAN.- Voy a lavarme.

(Entra en la cocina. Se oye de nuevo el disco de Lola Flores. ADELA saca una tabla de planchar y se dispone a planchar una camisa que saca de un cesto de ropa.)

ADELA.- ¿Qué camisa prefieres?

JUAN.- **(Dentro.)** Cualquiera; me es igual.

ANTONIO.- **(Tira el cigarro y mira con impaciencia el reloj. Nervioso ya.)** Son casi las once. Vamos a llegar tarde. Y ahora será por tu culpa. **(Meloso.)** Anda. Y luego nos damos una vuelta por la plaza y oímos la música. **(Pausa.)** ¿Vienes o no vienes? **(LAURA se levanta y va hacia la casa. A gritos.)** ¿Adónde vas ahora?

LAURA.- A coger el velo Y a ponerme algo por encima. No pretenderás que vaya así por la calle. **(Entra en la casa.)**

ADELA.- ¿Se te pasó ya, hija?

LAURA.- ¡Qué remedio! **(Saca el velo y el libro de misa de la cómoda.)** Quizá volvamos un poco tarde. **(Sale.)**

ADELA.- **(Despidiéndola desde la puerta.)** Sí, hija; y pasea todo lo que puedas, que buena falta te hace. **(Fuera suena ruido de agua. ANTONIO y LAURA atraviesan la terraza y salen a la escalera. Los NIÑOS corren de un lado a otro, gritando. Juegan con sus espadas de madera y llevan gorros de papel de periódico. ADELA volviendo a la plancha, dice:)** ¡Qué hijos estos!...

RICARDO.- Yo creo que no debería salir ya de casa. ¿Cuánto le falta?

ADELA.- Una semana apenas. Pero cualquiera le dice nada.

JUAN.- **(Dentro.)** ¡Mamá!

ADELA.- ¿Qué?

JUAN.- La toalla.

ADELA.- Está detrás de la puerta. Espera, toma esta limpia. **(Coge una del montón de ropa planchada y se la lleva. Dentro.)** ¡Ay hijo, cómo me has puesto el suelo! No sé de qué me sirve estar todo el día con los riñones al aire.

(Comienza a oírse música en el patio. Se trata de la canción «Olé mi torero», de Lola Flores.)

JUAN.- Perdona, mamá.

ADELA.- (Entrando en la sala. Pensativa.) Me preocupa...

RICARDO.- (A vueltas aún con el periódico.) ¿Eh?...

ADELA.- Juan..., me preocupa.

RICARDO.- A mí también. ¿Sigue saliendo con esa chica? La del segundo. ¿Cómo se llama?

ADELA.- Margarita. Algunas tardes. ¿Por qué no le hablas luego?

RICARDO.- La verdad es que no sabría qué decirle. ¿Crees que se casará con ella?

ADELA.- No, no creo. No se le ve entusiasmado. Ya sabes...

(Se oye la canción mejicana «Cuando te canses de llorar.»)

RICARDO.- A mí no me disgustaría.

ADELA.- A mí tampoco.

RICARDO.- Su padre es el vecino más rico de la escalera. Quizá el más rico de toda la calle. Dicen que va a abrir otras dos tiendas en el centro. Y ella es como si fuera hija única, porque el hermano...

ADELA.- Pero tampoco iba a casarse sólo por el dinero. Así, sin quererla.

RICARDO.- Mujer, el amor viene después.

ADELA.- ¡Qué cosas tienes! O no viene.

JUAN.- (Entra terminándose de secar con la toalla.) ¿El desayuno?

ADELA.- Se está calentando. Ahora te lo traigo. (Coloca la camisa en el respaldo de una silla.) Aquí tienes la camisa. (Sale llevándose la toalla.)

JUAN.- (Se sienta.) ¿Qué dice el periódico?

RICARDO.- Lo de siempre. Inauguración de pantano y visita de ministro a no sé dónde. Nada nuevo.

(Una pausa. A una de las NIÑAS se le cae la muñeca por el hueco del patio. Grita: «¡Mi muñeca!...»; llora. Sale a la escalera.)

ADELA.- ¿Qué tal has descansado, hijo?

JUAN.- Bien, mamá.

ADELA.- Hala, desayuna y te vas a misa, y luego a dar una vuelta. No sales apenas de casa, hijo. A tu edad es necesario estirar un poco las piernas.

JUAN.- Sí, mamá. **(Desayuna.)**

ADELA.- **(En el patio sigue oyéndose la canción «Cuando te canses de llorar», de Los Cinco Latinos. ADELA se quita el delantal, hace un gesto significativo a su marido, que quiere decir: «Bueno, ahí lo tienes, os dejos solos...», e inicia la salida. Mutis a la cocina. Sale con un capacho. Se cambia las zapatillas por los zapatos.)** Bajo a la frutería un momento, a comprar algo para el postre. Si oyes pitar la olla, ya sabes: colocas las válvulas. Yo vuelvo en seguida. **(Sale.)**

RICARDO.- **(Después de una pausa.)** Te he oído andar esta noche por la terraza hasta casi las cinco de la madrugada. ¿Te pasa algo? Alguna preocupación... o ¡qué sé yo!... Ya sabes que puedes confiar en mí.

JUAN.- No tenía ganas de dormir. Hacía tanto calor... estuve escribiendo un rato.

(Una pausa. JUAN desayuna en silencio. RICARDO se ha levantado y pasea un poco nervioso por la habitación, no sabiendo cómo empezar. Durante este diálogo debe seguir dando la sensación de que la casa es algo vivo: voces, risas, radio, ruido de platos, de ventanas que se abren y cierran, el ladrar de un perro, el canto de las niñas. Y, sobre todo, el cielo con sus nubes y pájaros que gritan persiguiéndose.)

RICARDO.- No me gusta ser entrometido. Nunca quise meter las narices en tus cosas ni en las de tu hermano. Habéis sido siempre dos muchachos razonables. Pero es que desde hace algún tiempo te noto..., no sé..., extraño.

JUAN.- Yo también me noto extraño.

RICARDO.- Si crees que puedo ayudarte en algo...

JUAN.- Me temo que no, papá.

RICARDO.- Verás, eres ya un hombre. Tienes veinticinco años. Yo..., bueno..., ya sabes que tengo algunos amigos. Nos sentiríamos muy contentos si algún día vinieras al bar a echar una partida con nosotros. Claro que no es la compañía ideal para ti. Tú eres joven. Pero es que he notado que tampoco te diviertes con los muchachos de tu edad. Sí, tienes amigos, pero... no sé...; es distinto. Tu hermano, por ejemplo..., no es que quiera decir que él sea mejor que tú, no..., es distinto... Mejor dicho, es igual a los demás. Eres tú el que no...

JUAN.- No te esfuerces, papá. Sé muy bien lo que quieres decir.

RICARDO.- Cuando a los diecisiete años acabaste el Bachillerato con el premio extraordinario, tu madre y yo estábamos tan orgullosos de ti ... Y luego, todo aquello que escribías. No se hablaba de otra cosa en la ciudad. Te dieron una beca y fuiste a la capital para hacer una carrera. Terminaste hace dos años y...

JUAN.- ¿Y qué?

RICARDO.- ¿Qué piensas hacer?

JUAN.- Ya lo sabes: quiero ser escritor.

RICARDO.- ¿Escritor? Pero... En fin. Yo pienso que deberías trabajar en algo. No es que yo quiera explotarte, hijo, no es eso. No vayas a interpretar mal. Es que... debes ir haciéndote un porvenir. Todos tus amigos, todos tus antiguos camaradas, lo han hecho o se esfuerzan por hacerlo. Sólo tú...

JUAN.- Yo, ¿qué?

RICARDO.- No se puede uno cruzar de brazos ante la vida y esperar que esta pase por delante como..., no sé...; bueno, ¡como una película! Hay que engancharse.

JUAN.- ¿Engancharse, a qué?

RICARDO.- Yo qué sé. A algo. Tú sabrás mejor que yo cuáles son tus proyectos.

JUAN.- Pero, papá, te lo he dicho ya: quiero ser escritor.

RICARDO.- Pero es que es algo tan impreciso. Bueno....

yo no entiendo mucho de eso, pero por lo que he oído decir, es algo así como..., ¡como una lotería!, ¿no? Si tuvieras éxito, yo me alegraría mucho. Pero entre tanto...

JUAN.- ¿Qué puedo hacer?

RICARDO.- Tienes una carrera. Hay muchos negocios esperando jóvenes trabajadores e inteligentes como tú.

JUAN.- No me interesan los negocios.

RICARDO.- Podrías trabajar como profesor, si es eso lo que te interesa. El director del Instituto es muy amigo mío. Fuimos juntos a la escuela.

JUAN.- No tengo vocación para la enseñanza.

RICARDO.- Entonces, ¿qué piensas hacer?

(JUAN se levanta y sale a la terraza.)

JUAN.- Hay sólo una cosa en la vida que yo deseo, papá. Lo deseé siempre: ser escritor. Crear mundos maravillosos. Y... ¡es algo que no puedo explicar!

RICARDO.- **(Que ha salido detrás de él.)** Verás: hoy estás aquí con nosotros. Pero piensa que un día tu madre y yo habremos muerto, y tus hermanos se casarán. ¿Qué será de ti entonces? No se puede estar solo.

(Se oye cantar un coro de NIÑAS. Cantan una canción infantil.)

JUAN.- Yo amo la soledad.

RICARDO.- Pero estar solo es triste. No se puede vivir siempre solo.

JUAN.- Creo que algún día yo también me casaré.

(JUAN se ha sentado en la mecedora. Sufre. RICARDO está junto a él apoyado en la barandilla del patio; recordando, su cara se transfigura, sonriendo, a veces, con ternura.)

RICARDO.- Pero es que son estos precisamente los años del amor. Cuando tu madre y yo nos casamos, apenas teníamos nada. Yo (**Ríe.**) tenía una camisa, un pantalón y un par de zapatos. Pues bien: éramos muy felices. (**Con ternura.**) Reíamos como chiquillos por cualquier cosa, incluso sin motivo. Sólo por el placer de reír. Luego vinisteis tú y tus hermanos. Claro que no todo era risa. También teníamos preocupaciones. A veces no había dinero para pagar una cuenta. O uno de vosotros caía enfermo. O yo perdía la calma y gritaba. Tu madre entonces lloraba en silencio por la noche. (**Emocionado.**) Yo..., yo sentía a mi lado sus sollozos, y era..., no sé... Se me subía una congoja terrible a la garganta y... ¡lloraba también! Y así pasábamos horas y horas apretados, sin poder hablar. (**En la calle, el coro de NIÑAS continúa.**) No sé cómo he venido a contarte esto. Son cosas que nunca había hablado con nadie. Pero es que quiero que comprendas... (**Le ha puesto nuevamente las manos sobre los hombros.**) Incluso las cosas menos importantes cobran un sentido muy grande si se hacen con amor.

JUAN.- ¿Me das un cigarrillo? Se me han acabado los míos.

RICARDO.- Los tengo ahí, en el comedor. (**Entra en la sala. Hace un cigarro en la máquina que tiene sobre la mesa.**)

JUAN.- (**Que le ha seguido, desde la puerta aún.**) Recuerdo en este momento la primera vez que... Yo tenía quince años y fumaba a escondidas. Un día me encontraste por la calle. Yo iba con unos amigos y no te había visto. Y de pronto oí tu voz, y te vi plantado frente a mí; y yo hubiera querido que se abriera la tierra. Bueno, yo pensé que me humillarías ante mis amigos pegándome y haciéndome ir a casa delante de ti. Lo había visto hacer antes a los padres de otros muchachos. Entonces tú dijiste: «Vaya, no sabía que fumaras ya. No me extraña: yo empecé a los doce. ¿Quieres darme fuego?» (**En este momento, RICARDO le da fuego. JUAN enciende. Luego se dan cuenta de la coincidencia y ríen ambos. Pausa.**) Y te fuiste sonriendo. Y yo..., yo supe por primera vez que eras mi padre...; y... que te quería..., que te quería más que a ninguna otra cosa en el mundo.

RICARDO.- Todos los hijos quieren a sus padres.

JUAN.- Sí. Pero es que esto era distinto... Te veía junto a mí, tan fuerte... Mamá nos besaba siempre. Tú sólo sonreías

y nos tirabas del pelo. Otros padres besaban también a sus hijos. Tú nunca lo hiciste. Nos echabas la mano por el hombro y te ibas por la calle saludando con un gesto a los amigos. Éramos como dos camaradas que salen de parranda a espaldas de las mujeres. Y cantando llegábamos a casa y mamá y Laura nos preguntaban que dónde habíamos estado, nosotros nos dábamos con el codo y hacíamos guiños maliciosos..., ¡hale..., y reíamos, porque ellas siempre pensaban que habíamos estado en algún sitio terrible. **(Pausa. Transición. Se levanta.)** Papá, estoy esperando una carta. Te prometo que cuando la haya recibido tomaré una decisión.

(Se oye cantar en la calle un coro de NIÑAS. Entran ADELA y MARGARITA. MARGARITA aún lleva la bolsa de comprar de ADELA y la ayuda a caminar.)

ADELA.- ¡Ah! ... Gracias, hija.

RICARDO.- Es por tu bien. Tú lo sabes.

MARGARITA.- ¿Cansada?

JUAN.- Sí.

ADELA.- ¡Setenta escaleras ... Setenta cochinas escaleras, y casi estoy congestionada. Todavía me acuerdo de cuando las subía de tres en tres. Trae, hija. **(Los Cinco Latinos.)**

RICARDO.- Oye, deberías salir...

MARGARITA.- No, no; yo se la llevaré.

JUAN.- No, aún no.

ADELA.- Gracias, gracias, hija. Eres un ángel. Pero ¡qué guapa estás!...

MARGARITA.- ¿Sí?

ADELA.- ¡Hija mía, y qué mujer! Que parece que fue ayer cuando aún ibas con las trenzas **(Ríen ambas.)**

RICARDO.- Deberías salir. La casa es para los viejos y los gatos. Todos los chicos me preguntan por ti... ¿Es que ya no te gusta divertirse?

MARGARITA.- ¿Está..., está Juan?

JUAN.- Te prometo que lo intentaré

ADELA.- Sí. Apenas sale nada. A ver si consigues sacarle tú de casa. Y llévale por ahí, a que se divierta. Que va a enfermar con la vida que hace.

MARGARITA.- Por mí, encantada. **(Entran en la casa.)**
Buenos días, señor Ricardo. Hola, Juan.

(Se oye en el patio la canción: «Mi cariñito», por Los Cinco Latinos.)

JUAN.- Hola, Margarita.

RICARDO.- ¿Qué hay, pequeña?

ADELA.- Un sol es esta chiquilla. Si no es por ella, me tengo que quedar en el descansillo del segundo. **(Entra con la bolsa en la cocina.)**

RICARDO.- ¿Has ido ya a misa?

MARGARITA.- A la de nueve.

RICARDO.- ¡Ajá! Eso me gusta.

ADELA.- **(Saliendo.)** ¿Por qué no vais a dar una vuelta, eh? Y de paso me lo metes en una iglesia, y que oiga su misa, que se nos está volviendo un ateo con tanto librote como lee.

MARGARITA.- Por mí...

JUAN.- Estábien, vamos. **(Se pone la chaqueta. Salen. Al llegar a la puerta de la terraza, JUAN se para.)** Tú, primero. **(MARGARITA sonrío y le coloca bien el nudo de la corbata. A sus padres.)** Hasta luego.

MARGARITA.- Adiós. **(Salen.)**

RICARDO.- ¡Adiós!

ADELA.- **(Desde la puerta.)** Adiós, hijos **(Pausa. Se vuelve lentamente a RICARDO.)** Hacen buena pareja **(Mutis a la cocina. RICARDO sale a la terraza. Y en medio de la dulce calma impregnada de luz y de ternura, pasan a primer plano las voces de Los Cinco Latinos: «Mi cariñito».** RICARDO silba la melodía, luego entra en la casa en el momento en que sale ADELA con un plato

de lentejas, que se sienta para escoger.) Nos han dejado solos. **(Una pausa.)** ¡Ay, qué cansada estoy! Y tú, ¿qué? ¿No sales?

RICARDO.- Iba a bajar a la bolera, pero si quieres que me quede un rato contigo...

ADELA.- ¿Qué te dijo? Cuéntame.

RICARDO.- Está desconcertado. No sabe qué hacer.

(En el patio sigue oyéndose el disco, más suavemente.)

ADELA.- Con todo lo que sabe, y lo guapo que es... El día que se le quite esa modorra va a dar que hablar ese muchacho. ¡Dios mío!, si parece que fue ayer cuando tenía que darle el pecho. Y cómo lloraba. Yo le leía las cartas que enviabas desde el frente, y él reía y reía como si comprendiese. Y decía: «¿Pa-pá? ¿Papá...?» Y luego, cuando volviste, te seguía a todas partes como un perrillo. No me hacíais ningún caso. **(Con voz temblorosa.)** Y yo tenía unos celos... de los dos... **(Llora.)**

RICARDO.- Pero, mujer, por Dios..., pero si estás llorando...

ADELA.- (Se quita una lágrima con el dorso de la mano.) ¡Cuánto tiempo ha pasado! **(Ríe un poco forzosamente.)** Y pensar que vamos ya a ser abuelos.

RICARDO.- (Ríe también.) Como que en la taberna todos han empezado ya a llamarme abuelo: «¿Qué hay, abuelo?», dicen en cuanto me ven entrar «Tiene que ser un chico, ¿eh?», me dicen.

ADELA.- Yo preferiría una nena.

RICARDO.- No, eso sí que no. Ni hablar, vamos. ¡Estaría bueno! ¡Tiene que ser un chico!

ADELA.- Está bien, no vamos a pelearnos por eso. Será lo que Dios quiera.

RICARDO.- ¿Sabes que el pequeño anda ya con muchachas?

ADELA.- ¡No! ... **(Indignada.)** ¡A los quince años! Estudiar... Eso es lo que tiene que hacer ahora, ¡estudiar!... Me imagino que le darías una buena bofetada.

RICARDO.- Mujer, no es para tanto. No va a estar todo el día estudiando. Además, a mí..., a mí me gusta que vaya con chicas.

ADELA.- No, si tú le vas a echar a perder consintiéndole como le consientes. Por cierto, ¿qué secretos os traíais antes?

RICARDO.- (No sabe cómo empezar.) Pues, pues verás... Me ha pedido que te dijera que si le dejábamos dar un baile esta tarde aquí, en la terraza. Sus amigos le han...

ADELA.- (Indignada.) ¿Qué?... ¡Oh, no, no! ¡Qué frescura! Aquí... ¿Y se ha atrevido?... Y tú no le habrás dicho nada, ¿verdad? ¡A mí me va a oír!

RICARDO.- (Conciliador.) Pero, mujer, siempre será mejor que se diviertan aquí, que no que se vayan por ahí, que sabe Dios lo que harán. Aquí, al menos, estamos nosotros..., tú... Y siempre será mejor.

ADELA.- De ninguna manera. He dicho que no, ¡y no! Y tú no le des alas. Ya sabes que cuando yo digo una cosa... Bueno, se hace siempre lo que ellos quieren. Claro, tú te pones siempre de su parte. Hacen de ti lo que les da la gana. Pero esta vez, no. ¡Vamos, no faltaba más! Venir aquí..., ¡a saber con qué muchachas!

RICARDO.- Si son todas chicas del barrio. Las conoces a todas. Si las has visto nacer.

ADELA.- Y que no me bailan el agua todas: «Señora Adela, ¿la acompaña...?» «¿Quiere que le lleve la bolsa, señora Adela...?» Y es que tengo en casa a los muchachos más guapos de la calle..., ¡del barrio!..., ¡del mundo entero!...

(Se oye acercarse una banda de música. Toca una marcha militar. La banda pasa ahora por la calle; al pie de la terraza, un NIÑO grita: «¡La banda!...» Y todos entran corriendo y gritando: «¡La banda...! ¡La banda...!», y se asoman a la barandilla de la terraza dando gritos y agitando los pañuelos.)

RICARDO.- (Ríe.) Mujer, creo que exageras. (Sigue riendo.)

ADELA.- Sí, tú ríete... ¡ríete! Pero he dicho que no habrá baile, ¡y no habrá baile! (Se levanta de pronto,

asustadísima.) ¡Jesús, la olla!... Y yo aquí sentada como una tonta. Todo sea que tengamos que ir a comer a la taberna. **(Al salir.)** ¡Ay, qué críos! No os asoméis tanto... **(Sale a la terraza y obliga a los NIÑOS a retirarse del repecho al que estaban peligrosamente asomados. En cuanto ella se va, los críos se asoman nuevamente.)** Algún día va a haber una desgracia.

(Entra en la cocina. Se aleja la banda. Los NIÑOS cogen palos y escobas y desfilan imitando con gestos los instrumentos: los platillos, la flauta, el bombo, etc.)

(TELÓN.)

Acto II

En la terraza: a la izquierda, en primer término, la NIÑA 1ª juega a la comba sobre un rectángulo marcado con tiza, dividido en varios cuadrillos numerados. Entran los NIÑOS en tropel. Se ponen a saltar también. NIÑO 3º: «¡Eh! ¿Qué tal lo hago?». Las NIÑAS, muy dignas, dejan de jugar. NIÑO 1º: «¿Qué os pasa? ¿Sois idiotas?». NIÑA 3ª: «El idiota lo serás tú», «Tú» «Tú...» «Se enzarzan en una breve pelea. Ellas muerden y arañan. Ellos les tiran de las coletas deshaciéndoles los lazos. Ellas: «¡Imbéciles ..! ¡Idiotas! ¡Gamberros!» Por fin las dejan tranquilas. Van al lado izquierdo del escenario. Uno grita: «¡Un pájaro...». El del tirador dispara. Ha debido de fallar a juzgar por su gesto de fastidio. Otro señala el patio y sugiere: «Al loro de la señora Eulalia!». Todos corren: «¡Eso, al loro, vamos...! ». Se oyen fuera voces de «¡Pablo...! ¡Pablo...!» PABLO sale a la terraza tropezando con las NIÑAS: «Ahora el otro...»; las NIÑAS se van muy dignas al extremo izquierda del escenario, donde siguen saltando. Los NIÑOS están ahora asomados al borde de la barandilla del patio. PABLO grita a sus amigos que siguen voceando en la calle. Se oye en el patio música de radio. Es la canción de Los Cinco Latinos «Naciste tarde». En la casa: JUAN, en su cuarto, lee una carta por enésima vez con aire de cansancio. RICARDO, en la sala-comedor, oye la radio

y lee el periódico. ADELA entra en la cocina. La radio de la casa está encendida y a bastante volumen.

PABLO.- (Haciendo bocina con las manos.) ¡A las seis y media!...

NIÑO 1º.- ¡Ahora! ... **(El NIÑO 2º dispara el tirador. Ruido de cristales rotos.)**

NIÑO 3º.- (Escondiéndose.) ¡Ahí vaaa...!

NIÑO 4º.- ¡Ha roto el cristal.

VECINA 2ª.- (Voz de.) ¡Malditos críos!

RICARDO.- (Leyendo.) ¿Se come o no se come?

ADELA.- (Dentro.) Espera a que vengan los demás.

VECINA 4ª.- (Voz de.) ¿Qué ha ocurrido?

VECINA 2ª.- (Voz de.) Ahora mismo subo y os parto la escoba encima.

RICARDO.- Es que tengo hambre.

VECINA 4ª.- (Voz de.) Carlitooos...

NIÑO 2º.- ¡Vamos! ...

VECINA 2ª.- (Voz de.) No, si la culpa la tiene ese ganso de Miguel.

(Salen todos corriendo hacia la derecha.)

PABLO.- ¡Las bebidas a escote!...

VECINA 4ª.- (Voz de.) ¡Carlitooos...!

VECINA 2ª.- (Voz de.) ¿Usted ha visto? Y todo el día así. ¡Ay, qué paciencia!

(El NIÑO 4º aparece.)

NIÑO 4º.- (Asomándose, temeroso.) ¿Qué?

VECINA 4ª.- (Voz de.) ¡Que bajes, te he dicho...

**(Los otros NIÑOS se asoman chascando los dedos.
Silban.)**

NIÑO 2º.- ¡Jolín!... Vas listo. Menuda te espera.

PABLO.- (Ríe.) ¡Nos vamos a poner...!

ADELA.- (Dentro.) ¡Esa radio! ...

(RICARDO no la oye porque ha salido a la terraza en ese momento. Mete la pita en el bolsillo. Se ponen en triángulo. La NIÑA 1ª en el centro. Cantan y dan palmadas rítmicamente. RICARDO sale a la terraza, coge la mecedora y la mete en la sala.)

NIÑO 2º.- ¡Ay, qué miedo, que le van a hacer pupita al nene!

NIÑO 4º.- (Rabioso.) A ver si me chivo todavía de que has sido tú el que has roto el cristal.

NIÑOS.- ¡Atrévete y verás! ¡Chivato! ¡Más que chivato! ...
(Se abalanzan sobre él y le sacan fuera a empellones y bofetadas.)

VECINA 3ª.- (Voz de.) ¡Margot! ...

NIÑA 3ª.- (Asomándose.) ¿Qué?

VECINA 3ª.- (Voz de.) Baja a comer.

NIÑA 3ª.- (A las otras.) ¿Vamos?

NIÑAS.- Sí, sí, vamos.

(Salen las NIÑAS corriendo. Los NIÑOS se apartan. El NIÑO 4º sale también.)

ADELA.- (Entrando en la sala con platos.) ¡Ay Dios mío!

RICARDO.- (Al pasar junto a PABLO.) Ten cuidado. No te vayas a caer.

PABLO.- (Volviéndose.) ¿Eh?...

RICARDO.- ¡Que tengas cuidado!

(PABLO se aparta un poco. La pelota con que juegan los NIÑOS dentro rebota y sale a la terraza. Todos corren tras ella, la cogen y salen de nuevo jugando.)

ADELA.- (Apaga la radio con mal humor. A RICARDO, que entra en ese momento con la mecedora.) Te digo que la pongas más bajo, y tú como quien oye llover. (Entra en la cocina.)

PABLO.- ¡Adiooós...!

RICARDO.- Mujer, no puedo hacerlo todo al mismo tiempo.

(PABLO entra, coge un taburete de la cocina, lo saca a la terraza, se sube a él y maniobra en la única bombilla que hay.)

RICARDO.- Qué..., ¿viene o no viene eso?

(Entra PACO por la puerta de la escalera, silbando. Se sorprende ante la actitud de PABLO y se le queda mirando.)

ADELA.- (Dentro.) ¡Ya va! ... ¡Ya va! ... Vete poniendo el mantel. Haz algo.

RICARDO.- ¿Dónde está?

ADELA.- En el cajón de la cómoda.

(RICARDO saca el mantel y lo coloca en la mesa.)

PACO.- ¿Por qué aflojas la bombilla?

PABLO.- (Se siente cogido y se disculpa tontamente con

lo primero que se le ocurre.) Para..., para que no se gaste.

PACO.- (Entrando en la casa.) A saber lo que estarás tramando.

PABLO.- (Cuando PACO se ha vuelto de espaldas le saca la lengua y hace con el brazo un gesto despectivo.) ¡Bah!...

PACO.- (Ya dentro.) Hola, papá. (Se quita la chaqueta.)

RICARDO.- Hola.

PACO.- (Asomándose a la cocina.) ¿Está la comida?

ADELA.- (Dentro.) ¡Qué prisa!

PACO.- (Subiendo a su cuarto.) Es que tengo que irme ir al partido. Date prisa. (Sube.)

ADELA.- (Dentro.) ¡El partido!... ¡El partido!... No sabéis pensar en otra cosa.

RICARDO.- Mujer, el muchacho...

(Dos perros ladran en el patio. Se oyen las voces de sus dueños intentando calmarlos. Uno de los perros lanza de pronto, un aullido lastimero, y una ventana se cierra de golpe. El otro continúa ladrando un rato aún; luego cesa.)

PACO.- (Ya en su cuarto. A JUAN.) Hola.

ADELA.- (Entrando con más platos y el pan.) « ¡El muchacho...!» Y tú, ¿qué? Tú, peor que ellos.

PACO.- Hola. ¡He dicho «hola»!... Qué, ¿buenas noticias?

JUAN.- (Con un humor de perros.) ¡A ti qué te importa!

(PABLO entra en la casa. Se acerca a RICARDO tímidamente, como si le costara un gran esfuerzo abordar la conversación.)

PACO.- Chico, ¡cómo te pones por nada!

JUAN.- (Molesto.) Bueno, ya está bien.

PACO.- Cualquiera te entiende.

JUAN.- (Estallando.) ¡Te digo que te metas en tus asuntos!

RICARDO.- (Que se le ha quedado mirando.) ¿Eh?

PABLO.- Papá...

RICARDO.- ¿Qué?

PACO.- Ya te he oído, hombre. **(Ha dejado la chaqueta sobre la cama. Se sueltan los gemelos de la camisa e inicia la salida hacia la escalera.)** ¡Qué humor!...

PABLO.- (Tragando saliva.) ¿Qué se le dice... a una chica... cuando...? **(Pausa.)**

RICARDO.- (Forzándole, divertido.) Cuando.... ¿qué?...

PACO.- (Llegando ya a la sala. A PABLO.) ¿Me ayudas a hacer la pancarta?

PABLO.- (Acoge la llegada de su hermano como una tabla de salvación de la violenta situación en que se había sentido, y dice precipitadamente.) Sí..., sí.

(RICARDO ríe.)

PACO.- Anda, coge la pintura. **(Saca unos palos y una tela blanca de debajo del aparador; saliendo a la terraza se asoma al pasillo de la cocina y grita:)** ¡Y a ver esa comida!

PABLO.- ¿Dónde está? **(Cae en escena la pelota con que juegan los niños. Saltando por encima del hueco del patio.)**

PACO.- (Ya fuera.) En el armario de la cocina. **(PABLO entra en busca del bote de la pintura. Luego sale a la terraza, seguido de RICARDO, que los ve hacer.)**

RICARDO.- ¿Qué vais a poner?

(Han extendido la tela en el suelo y PACO comienza a escribir con el pincel.)

PACO.- «Arriba el Racing.»

RICARDO.- ¿Siempre lo mismo?

PACO.- La imaginación no da para más.

(Al ver esto el NIÑO 2º, que ha entrado en busca de la pelota, llama a los otros.)

NIÑO 2º.- ¡Eh!... ¡Eh!...

ADELA.- (Saliendo. Coloca platos.) ¿Les habrá ocurrido algo?

NIÑO 2º.- ¡Eh venid!...

RICARDO.- (Que ha vuelto a entrar en la sala.) ¿A quiénes?

(Entran los otros NIÑOS en tropel.)

ADELA.- ¿A quién va a ser? A Laura y Antonio.

RICARDO.- Se habrán entretenido hablando con alguien.

(Los NIÑOS los rodean saltando, dando gritos y haciendo comentarios jocosos como: «¡Ahí va, vaya erre, parece un higo chumbo ..!», o «¡Eh, tú, que arriba se escribe sin hache!» PABLO los aparta a empellones: «¡Cuidado, que vais a tirar la pintura!...» Etc.)

PACO.- ¡Fuera! ¡Fuera! ... ¿No veis que lo estáis pisando? **(A PABLO.)** Toma. **(Le da el pincel.)** Pon tú: «Aaa... rriiii... baaa... el... Raciing...»

(PABLO escribe. En el patio, una mujer canta el «Ven y ven y ven...». Ruido de platos. Risas.)

ADELA.- (Grita.) ¡Juan! ...

RICARDO.- Déjale, mujer.

ADELA.- Nos va a doler la cabeza con este muchacho.

(ADELA entra en la cocina. PABLO levanta la pancarta ya pintada. PACO se aparta para ver el efecto.)

PABLO.- ¿Qué tal?

PACO.- (Superior.) ¡Pchs!... Bien.

NIÑO 2º.- ¿Nos la dejáis tener un poco? **(Entra ADELA en la sala con la comida.)**

PACO.- No, primero hay que esperar a que se seque.

NIÑO 2º.- Pero si ya está Mira.

RICARDO.- Ya era hora.

PACO.- Bueno. Bajadla al portal, entonces.

(Los NIÑOS recogen la pancarta e inician la salida con ella en alto gritando: «¡Arriba el Racing!».. «¡Arriba el Racing...!» «¡Ahora yo...!» «No, no, déjame a mí...» «Yo la cogí primero...», etc.)

ADELA.- (Grita.) ¡Pablo! ...

PABLO.- ¿Qué?

PACO.- (A los chicos, que en su prisa por salir tropiezan con los palos de la pancarta en la puerta. Todos chocan; el último cae sentado al suelo. Los demás ríen.) ¡Cuidado, no vayáis a romperla!

(Salen por fin los NIÑOS. Se los oye bajar gritando y a saltos la escalera.)

ADELA.- ¿No decías que tenías tanta hambre? **(PABLO entra corriendo en la sala. Se sienta y comienza a comer. En el patio, canciones, risas y voces. A PABLO.)** Esos codos! ...

PABLO.- Me has puesto mucho.

(Voces de los críos en la calle: «Dejámela a mí...» «A mí...» «¡Cuidado, que la vais a romper!...»)

ADELA.- Tienes que alimentarte. Estás en la peor edad.

(PACO, silbando la melodía de «El puente sobre el río Kwai», recoge el bote de la pintura. Antes de entrar en la casa se asoma a la calle.)

PACO.- (Por algo que ve.) ¡Malditos críos!...

ADELA.- ¡Juan!...

PACO.- (Grita.) ¡He dicho que en el portal!

RICARDO.- Déjale, mujer, no le atosigues.

PACO.- (Más fuerte aún.) ¡Al portal!... **(ADELA entra en la cocina. Entra PACO. Se saca del bolsillo de atrás del pantalón una quiniela que da a su padre.)** ¿Qué te parece?

RICARDO.- (La coge.) ¡Bah! ...

PABLO.- ¿A ver?... **(La mira por encima de la mesa.)**

PACO.- (Entrando en la cocina.) Mira, mírala bien. **(Ya dentro.)** Seguro que no has visto otra igual en tu vida: una quiniela ¡con catorce resultados!

(ADELA sale con el segundo plato.)

RICARDO.- A la tarde te lo diré.

PACO.- (Dentro.) Mamá, ¿qué quieres que te compre mañana cuando sea millonario?

ADELA.- Déjate de tonterías y siéntate a comer de una vez.

PACO.- (Entra secándose las manos.) Cuando me vean entrar en el barrio con un gran Cadillac blanco, con la Banda Municipal por delante, las muchachas, vamos, es que se tiran por las ventanas. **(Se sienta.)**

PABLO.- Esto es mucho para mí.

ADELA.- Pues o te lo comes todo, o no hay baile. Bastante me ha costado decir que sí. De modo que ya sabes. **(Grita hacia el cuarto de arriba.)** ¡Juan, hijo, baja ya! ...

PACO.- **(Sirviéndose.)** Oye: ¿de qué habláis? ¿Eh?...

RICARDO.- Ha organizado un baile en la terraza con otros chicos del barrio.

PACO.- **(Ríe.)** ¡Ah! ... ¿Entonces era por eso por lo que estabas... aflojando la bombilla...? **(Ríe.)**

PABLO.- **(Dándole un codazo.)** ¡Cállate, idiota!

RICARDO.- **(Que ha entendido perfectamente.)** ¿Qué?... ¿Qué?... **(Ríe.)**

PABLO.- Nada, no le hagas caso, papá.

PACO.- Pero, ¿tú sabes bailar?

PABLO.- Mira este... ¿Qué te has creído? ¿Que estoy aún en la escuela de párvulos? Vas a ver **(Se levanta, va a la radio, aumenta su volumen y baila unos compases de rock and roll.)** ¿Eh? Qué, ¿sé, o no sé?

ADELA.- Siéntate y come. ¡Madre mía!, ¿y a eso lo llamáis bailar?

PABLO.- ¿Qué? ¡Mejóralo si puedes!

RICARDO.- **(Que le ha visto bailar, sonriendo. Con sorna.)** ¡Vamos, niño, trae el vino, guapo. Anda, rico.

PACO.- Yo no doy saltos cuando bailo. Yo... **(Se levanta, coge un pico de la servilleta con unamanoy apoya el otro en la mejilla. Así baila, sin moverse casi. Haciendo un gesto de apretar exageradamente a la pareja.)** ¡Así es como se baila!

PABLO.- **(Que está a punto de salir hacia la cocina, se ha vuelto a verle.)** ¡Ahí va ese...! Tú, mucho... ¡de aquí...! **(Señalando la lengua. Ya dentro, en la cocina.)** Pero después...

(PACO hace un gesto de ir por él. PABLO entonces corre a la cocina.)

PACO.- Si te cojo...

PABLO.- (Dentro.) ¿Dónde está el vino, mamá?

ADELA.- En la mesa. **(A PACO.)** Y tú no empieces con esas delante del chico. Es sólo un niño.

PACO.- ¿Sí?... Pues ¡vaya con el niño! No sabe nada, que digamos.

(PABLO ha entrado con la botella del vino. Hace un gesto de burla a PACO y se sienta. Entran por la puerta de la escalera ANTONIO y LAURA. Esta viene sofocada, llorando.)

RICARDO.- ¿Y Juan?

LAURA.- ¡Déjame! ... ¡Déjame sola!...

ADELA.- ¡Juan!

ANTONIO.- Debía haberte cruzado la cara.

RICARDO.- (A PABLO.) Dile a tu hermano que baje.

(PABLO sigue comiendo como si no hubiera oído. ANTONIO coge a LAURA por un brazo. Esta forcejea y se aparta.)

ANTONIO.- ¡Espera!

PACO.- Está con un morro...

LAURA.- ¡No quiero verte! ...

ADELA.- Pues ¿qué le ocurre?

ANTONIO.- Pero escúchame, mujer.

PACO.- No sé. Quizá sea por la carta.

LAURA.- ¡No quiero verte nunca más!

RICARDO.- ¿Una carta?

ANTONIO.- ¡Encima eso! ...

ADELA.- ¡Dios mío! Ese chico está cada día más raro. No sé qué va a ser de él. **(Entran en la sala LAURA y**

ANTONIO.) ¿Qué os pasa, hijos?

(LAURA atraviesa la sala y entra llorando por el pasillo hacia su habitación.)

LAURA.- ¡Quiero morirme...! ¡Quiero morirme...

ADELA.- (Saliendo detrás de ella.) Pero, hija... **(A ANTONIO.)** ¿Qué ha ocurrido? **(Sale.)**

ANTONIO.- (A RICARDO.) Me ha hecho una escena en medio de la calle... Que si había mirado a no sé quién, no sé de qué manera. Todo el mundo se paraba a mirarnos. **(Se quita la chaqueta y entra en la cocina arremangándose la camisa.)**

RICARDO.- Ya sabes cómo está.

ANTONIO.- (Dentro.) Sí..., sí...

RICARDO.- Ya falta poco. **(A PABLO.)** Vamos, niño, llama a tu hermano.

ANTONIO.- Pues me está pareciendo que no llega nunca el dichoso niño.

(PABLO sube corriendo a la habitación de JUAN. RICARDO y PACO comen en silencio. Se oyen dentro los sollozos de LAURA y la voz de ADELA consolándola. PABLO entra en la habitación de JUAN, que está tumbado en la cama, inmóvil, con las manos detrás de la nuca.)

JUAN.- ¿Qué pasa ahora?

PABLO.- Papá dice que bajas a comer

JUAN.- Ya voy.

(PACO ríe de pronto.)

PABLO.- Te estamos esperando todos.

JUAN.- Dile que y a bajo.

RICARDO.- (A PACO.) Bueno, tú eres tonto, o ¿qué te pasa? ¿Eh? ¿De qué te ríes? Pareces bobo.

(ANTONIO sale secándose las manos. Se sienta, se sirve y come. PABLO recoge la carta que está caída en el suelo, y al ir a dejarla sobre la estantería se detiene un momento a leerla por encima. PACO sigue riendo. JUAN se levanta como movido por un resorte.)

JUAN.- ¿Quién te ha dado permiso para coger esa carta? (Le arranca la carta de las manos y le da una bofetada.)

PACO.- (Riendo.) Oye: ¿sabéis lo del bombero?... hay un bombero... y viene otro bombero... y le dice... (Al ver que nadie le hace caso deja de reír.) Vaya caras. Parece esto un funeral. (Come.)

PABLO.- (A punto de llorar.) No has debido hacerme esto.

JUAN.- (Arrepentido.) Perdóname

PABLO.- Tú nunca lo habías hecho antes.

JUAN.- Ya te he pedido perdón, ¿no?

ADELA.- (Entra.) ¡Qué vida, Dios mío!... ¡Qué vida...! (Coge un frasco del aparador y sale de nuevo.)

PABLO.- (Después de una pausa.) Juan, ¿qué te ocurre?

JUAN.- Nada.

PABLO.- ¿Puedo..., puedo ayudarte en algo?

JUAN.- No. Vamos.

(Bajan ambos. JUAN lleva a PABLO cogido del hombro. PACO está contando un chiste. PABLO se sienta a comer. Entra ADELA con el segundo plato. JUAN sale un momento a la terraza. Mientras PACO cuenta el chiste, en el patio se oye el diálogo que sigue. Los finales de ambos deben coincidir.)

PACO.- (A RICARDO.) Mira qué chiste más bueno me han contado: hay una señora que está en el balcón de un

décimo piso con un niño pequeñito en los brazos. Se asoma..., se asoma..., y, de pronto..., ¡zas!..., el niño que se le escurre de las manos y... **(Silba y hace un gesto de caída vertical.)** ¡plaf! ... El trozo más grande, como esto... **(Señala una uña.)** Baja la madre corriendo como una loca entre el griterío del vecindario, llega al portal, aparta al grupo de curiosos, se abalanza sobre el cuerpo del niño, y... **(Cantando y haciendo gestos de coger con los dedos aquí y allá.)**,, «Cachito... cachito... cachito mío..., pedazo de cielo que Dios me dio...», etc.

(Todos ríen.)

VECINO 1º. ¡Ah, ya está aquí el señor!

NIÑO 2º.- A lo mejor...

VECINA 1ª.- No le pegues. ¿No ves que es sólo un niño?

VECINO 1º.- Un sinvergüenza, eso es. ¿Son éstas horas de venir a comer?, ¿eh...? ¿Dónde ha estado usted? ¿Dónde?...

(Se oye el ruido de las bofetadas y el llanto del niño. La mujer grita. En la casa, la estridencia de las carcajadas y voces. Y ruido de platos. Y música. JUAN se lleva las manos a la cabeza, como si le estallara, y avanza enloquecido hacia la barandilla, sobre la calle.)

(Oscuro.)

(Se ilumina la escena. Ha pasado una hora. RICARDO está aún sentado como antes, fumando su pipa y relejendo el periódico. JUAN fuma sentado en el borde de la barandilla de la terraza, mirando a la calle. ANTONIO, en el centro, grita a PACO que está en la cocina terminando de peinarse. Afuera, en la terraza derecha, se oyen las voces de los NIÑOS que juegan a la pelota y las voces de las NIÑAS que cantan y juegan a casas...)

ANTONIO.- Venga, hombre, ¡venga! ...

PACO.- **(Dentro.)** Ya voy.

ANTONIO.- Vamos, no seas pesado.

PACO.- (Dentro.) Que ya voy.

ANTONIO.- Vamos, que son ya las cuatro. Y hay casi media hora hasta el campo. No quiero estar en la última grada de la línea de córner, como la última vez.

PACO.- (Saliendo.) ¿Qué tal va ese crucigrama, papá? ¿Sale o no sale? **(Sube a su cuarto. Se peina y coge la chaqueta.)**

RICARDO.- ¡Bah! ...

ANTONIO.- (Vocea.) ¡Tardas más que una mujer en arreglarte! **(A RICARDO.)** ¿De verdad no te animas?

RICARDO.- No estoy yo para esos trotes. Yo como, mi partidita, ¡y bastante!

ANTONIO.- Me voy solo!

PACO.- (Bajando.) Ya va. ¡Qué gritón te estás volviendo! A ver si va a resultar que es cierto eso que dicen que entre matrimonios se pega todo... ¡Lo malo, claro!

ANTONIO.- Venga, y a está bien.

(Salen a la terraza.)

PACO.- ¿Qué hay, Juan? ¿Te vienes con nosotros?

JUAN.- No.

PACO.- ¿Es que no piensas salir, con la tarde que hace?

JUAN.- Estoy cansado.

PACO.- (A ANTONIO.) Este sólo sale de noche, como los murciélagos.

ANTONIO.- Venga, hombre, que ya está bien.

PACO.- ¡Abur!

JUAN.- Que os divirtáis.

(Salen. Queda JUAN fumando solo. Entra ADELA, que baja de la habitación de LAURA. Pasa por la calle un grupo de muchachos que grita: «¡A la bii...! ¡A la baa...! ¡A la bin-bon -ban...! ¡Racing...! ¡Racing...!

¡Gaaa... naaa... raaa...!».)

ADELA.- ¡Ay Dios mío

RICARDO.- ¿Qué tal sigue?

ADELA.- ¡Vaya!... ¡Ahora, duerme!

RICARDO.- ¿Lo comió todo?

ADELA.- A medias. ¿Y Antonio?

RICARDO.- Al partido, con Paco.

ADELA.- ¡Ah! ... ¡Qué hombres! Y se van tan frescos.
Para vosotros es la vida.

(Se oye una canción de niños.)

RICARDO.- Es que también Laura...

ADELA.- Calla, calla; que sois todos iguales. ¡Y aún le defiendes! Al fin, todos de la misma camada. No, si el mejor... **(Hace con ambas manos un gesto como de retorcer el cuello a alguien.)**

RICARDO.- Bueno, mujer ¡ya está bien!

(ADELA ha estado recogiendo los platos que ahora lleva a la cocina. JUAN entra en la sala y avanza hacia su padre.)

JUAN.- Papá...

RICARDO.- ¿Eh?

JUAN.- Escucha, papá...

RICARDO.- ¿Qué hay?

JUAN.- No, nada, nada. **(Sube a su habitación. Durante todo el diálogo que signe, escribe una carta.)**

RICARDO.- Pero, hijo..., ¿qué...?

ADELA.- (Entrando.) ¿Qué le pasa?

RICARDO.- No, nada. No le pasa nada.

ADELA.- ¡Pablo!... ¿Dónde está Pablo?...

RICARDO.- A buenas horas. Salió corriendo el primero.

ADELA.- Ese chiquillo... Le dije que tenía que hacerme unos recados, y como si pasara un carro. Con bailar y correr lo tiene todo resuelto.

RICARDO.- Bueno, ya te los haré yo, si quieres.

ADELA.- Buenos estamos tú y yo para estar subiendo y bajando escaleras.

RICARDO.- Oye: ¿por qué no damos una vuelta por las ferias? Hace una tarde estupenda, ¿eh?

ADELA.- Ya me gustaría, pero tengo que ir a hacer compañía a las hermanas de la pobre Gertrudis. Ya sabes: estas cosas se agradecen siempre. Además, que se portaron muy bien cuando lo de la abuela.

RICARDO.- Lo que a ti te pasa es que te chifla ir de velatorio. Es una forma de reunirse las amigas y comentar de esto y de aquello. Y, sobre todo, una oportunidad magnífica de despellejar a los que no están.

ADELA.- ¡Ya salió! A saber de qué hablaréis tú y tus amigotes en la taberna. Que decís mucho de las mujeres, pero me parece a mí que los hombres sois peores.

(Sube a la habitación de LAURA. JUAN lee la carta que ha escrito, la rompe y comienza otra. Estalla un petardo. Los NIÑOS ríen y gritan alborozados. RICARDO se levanta y recoge sus cosas, disponiéndose a salir. Entra ADELA.)

ADELA.- Duerme. Parece un ángel de Dios.

RICARDO.- Con tal que le dure.

ADELA.- Está agotada. Lleva unas noches... Ay!, tanto sufrimiento para traer hijos al mundo, y luego... ¡esto!

RICARDO.- Hasta luego.

ADELA.- ¿Adónde vas?

RICARDO.- A..., aquí...

ADELA.- ¡A la taberna!

RICARDO.- Mujer, a jugar la partidita. Hoy es domingo, ¿no? Un día tiene el obrero.

ADELA.- Pues ¿sabes lo que he pensado? Que tienes razón. Ya fregaré los platos esta noche. Y si no, que se quede así. Para todos el domingo es domingo menos para las mujeres. Que me he llevado toda la mañana doblando el espinazo. Así que me bajo contigo. **(Se quita el delantal.)**

RICARDO.- ¿Es que piensas ir a la taberna?

ADELA.- **(Poniéndose un abrigo sobre los hombros.)** Tú me acompañas hasta la esquina y luego te vuelves. ¡Ay, esas pobres! Estarán allí como dos momias, tan arrugaditas, tan... Porque es que ya de jóvenes eran feas, pero es que tienen una vejez... No, si la pobre Gertrudis, después de todo...

RICARDO.- No, si ya lo sabía yo...

(Atraviesan la terraza. En el momento en que van a salir entra ANDRÉS. Viene embutido en su traje dominguero. Lleva un libro en la mano.)

ANDRÉS.- Buenas tardes.

ADELA.- Hola, Andrés, hijo, buenas tardes.

RICARDO.- ¿Qué hay, muchacho?

ANDRÉS.- Pues ya ven...

ADELA.- Esta mañana subió un rato Margarita, tu hermana. Cada día está más guapa. Y tú, ¡madre mía, qué muchachón te has vuelto! Si parece que fue ayer...

RICARDO.- Por Dios, Adela...

LOS DOS.- ...cuando te llevaba tu madre a los jardines con aquellos pantaloncitos blancos que...

ADELA.- ¿Qué te pasa, Ricardo?

RICARDO.- Nada, mujer, nada.

ADELA.- ¿Y qué tal tus padres?

ANDRÉS.- Pues... bien.

ADELA.- Esta mañana charlé un ratito con tu madre, pero a tu padre hace un siglo que no le veo. Y es que yo ahora apenas salgo de casa. Con este reuma... Ay, quién volviera a tener vuestros años! Juan está en casa. Venías a verle a él, ¿verdad?

ANDRÉS.- Sí, tengo que devolverle este libro.

ADELA.- A ver si consigues sacarlo de ahí. Se nos va a apolillar con tanto meterse en casa. Adiós, hijo.

RICARDO.- Adiós, Andrés. ¡Vamos! ...

ANDRÉS.- Adiós, señora Adela. Adiós, señor Ricardo.

RICARDO.- Vamos, date prisa.

ADELA.- **(Saliendo.)** No te pongas pelma. Para un día que me sacas... **(Salen. ANDRÉS atraviesa la terraza y entra en la casa. Grita:)**

ANDRÉS.- ¡Juan...! ¡Juan...!

JUAN.- ¿Qué pasa?

ANDRÉS.- Soy yo, Andrés.

JUAN.- Sube, estoy en mi cuarto.

(ANDRÉS sube la escalera y entra en la habitación de JUAN. Durante todo este diálogo, los NIÑOS entran y salen corriendo por la escena. Están jugando al «cayó y libró» Alguno cae. Se pone en cruz, dos tal vez, pero pronto son librados. Lanzan exclamaciones de júbilo o de rabia y las frases rituales del juego.)

ANDRÉS.- Hola, Juan, ¿qué hay?

JUAN.- Pues ya ves.

ANDRÉS.- Aquí traigo la novela que me dejaste.

JUAN.- ¿Te ha gustado?

ANDRÉS.- Sí, mucho. Bueno, algunas cosas no las he entendido bien.

JUAN.- «Cuerpos y almas»... ¿Qué capítulo te ha impresionado más?

ANDRÉS.- Si te he de ser sincero, apenas he entendido nada.

JUAN.- Bueno, pero habrás llegado a alguna conclusión.

ANDRÉS.- Pues verás, chico: me aburría tanto, que no he pasado de las primeras páginas.

JUAN.- Pero no es la primera que te has llevado. Ya deberías saber que no son precisamente novelas del Oeste. **(JUAN pone la novela en la estantería. Bajan los dos a la sala.)**

ANDRÉS.- Verás, yo... Mi padre siempre me anda diciendo que debo instruirme, que menos ciclismo y bobeo y un poco de cultura es lo que necesito. Por eso te pido todos esos libros. Luego le digo que hablo contigo de ellos. Mi padre te admira mucho, y eso me realza a sus ojos. **(JUAN ríe.)** ¿Te..., te parezco ridículo?

JUAN.- No, hombre. Me río porque a mí nunca se me hubiera ocurrido una cosa así. Y tiene gracia. Pero no pienses que me reía de ti.

ANDRÉS.- A veces te miro y me parece mentira que seas tú el mismo con quien tantas veces me pegué, el mismo que fue nuestro capitán cuando jugábamos a indios o a policías y ladrones.

JUAN.- Ha pasado tiempo desde entonces. **(JUAN entra en la cocina.)**

ANDRÉS.- Sobre todo para ti. El otro día lo comentábamos en la bolera. Uno de los chicos le preguntó a tu padre: «¿Qué es de Juan? ¿Qué hace todo el día metido en casa...? No se le ve por ningún sitio. ¿Es que ya no le gustan las muchachas, ni quiere tomar una copa con los viejos amigos?...».

JUAN.- **(Dentro.)** Estoy muy ocupado.

ANDRÉS.- ¿Sigues escribiendo cosas para los periódicos y las revistas esas? ¿Eh?...

JUAN.- **(Saliendo.)** Algo parecido. **(Sale JUAN con una botella de vino y dos vasos.)**

ANDRÉS.- Chico, lo que daría yo por tener tu cabeza. Las muchachas, y a sabes, las chicas de la pandilla, no hacen más que preguntarnos por ti. Siempre las tuviste un poco revueltas a todas. Y ahora le andan diciendo cosas a mi hermana porque os han visto salir algunas veces juntos. Ya

sabes cómo son las mujeres.

JUAN.- No me había dicho nada Margarita.

ANDRÉS.- Se ha vuelto rara. Hace ya tiempo de esto. Desde tu regreso. Al principio no hacía más que hablar de ti.

JUAN.- ¿Y ahora? (**JUAN sirve vino en los dos vasos.**)

ANDRÉS.- No habla de nada ahora... de nada. Quizá te parezca un poco tonto todo esto, pero quisiera preguntarte una cosa. ¿La..., la quieres?

(**JUAN no responde. Vuelve la cabeza un tanto molesto.**)

ANDRÉS.- Te entiendo.

JUAN.- Lo siento de veras, créeme. Es una buena chica. Seguramente no encontraré nunca otra como ella.

ANDRÉS.- Es que ella está tan colada por ti... Y como todos sabemos en el barrio tus aventuras con las muchachas del «cabaret» cuando regresaste...

JUAN.- Verás: es un poco difícil de explicar. De todas formas, yo he respetado y respetaré siempre a Margarita. No soy ningún sinvergüenza que anda por ahí aprovechándose. Aquello del «cabaret» fue distinto. Tú sabes cómo son esas muchachas. Se encaprichan de uno... y, ¡bueno, les gusta armar escándalo! (**Entra en la cocina.**)

ANDRÉS.- Ya.

JUAN.- (**Dentro.**) Y..., ¿qué? ¿Sigues dándole a los pedales?

ANDRÉS.- (**Bebe un sorbo de vino.**) ¿Es que no lees los periódicos? Hace apenas dos semanas publicaron mi nombre y mi fotografía.

JUAN.- (**Dentro.**) ¿Has ganado alguna carrera importante?

ANDRÉS.- (**Desinflándose.**) Realmente, la carrera no era muy importante, y la fotografía pues... era de grupo.

JUAN.- (**Dentro.**) Pero ganaste, ¿no?

ANDRÉS.- Llegué en tercer lugar.

JUAN.- (Sale con pan y queso en un plato.) Es un buen puesto. Ya ves: yo hubiera llegado el último y con la bicicleta al hombro.

(Ríen.)

(Entra el NIÑO 2º perseguido por el NIÑO 1º. Juegan al «cayó-libró». EL NIÑO 1º alcanza al NIÑO 2º y grita: «Cayó...». El NIÑO 2º queda con los brazos en cruz. Entran los demás NIÑOS, que intentan liberarle. El NIÑO 1º defiende su presa. Los otros NIÑOS le acosan por todos lados. Por fin uno logra tocar al NIÑO 2º Grita: «¡Libro...!», y el NIÑO 2º sale corriendo junto a los otros niños, perseguidos por el NIÑO 1º.)

JUAN.- ¡Ooooh...!

ANDRÉS.- Pero ¿qué te pasa?

JUAN.- ¡Estoy harto! De mí mismo ¡De todo!...

(Comienza a oírse la canción «Charming and tender».)

ANDRÉS.- Pero, bueno, ¿qué es lo que quieres?

JUAN.- No lo sé. De veras, Andrés. Es lo más angustiioso. No sé lo que quiero. Algo debe de andar mal aquí dentro. **(ANDRÉS, cómicamente, coge el cuchillo con que parten el pan y el queso y se levanta ocultándolo detrás.)** No, no es eso ¡no estoy loco! Estoy..., no sé cómo decirte... ¡Descentrado! Esa es la palabra.

ANDRÉS.- (Sentándose de nuevo.) No te comprendo.

JUAN.- Yo tampoco me comprendo.

ANDRÉS.- ¿Por qué no te colocas en algún sitio?

JUAN.- Tiene que suceder algo, ¡algo!

ANDRÉS.- ¿Qué?

JUAN.- Algo ¡no sé!

ANDRÉS.- ¿Por qué no sales más a la calle? Trabajas demasiado.

JUAN.- ¿Trabajar? A veces miro todos los papeles amontonados sobre la mesa y me pregunto: «¿Qué pretendes? ¿Qué pretendes con todo eso, Juan? ¿A quién quieres engañar? En el fondo me pasa algo así como a ti con mis novelas. ¡Peor! Porque quiero engañarme a mí mismo (Pausa.)

VECINA 3ª.- (Voz de.) ¿No va a la verbena?

VECINA 2ª.- (Voz de.) Dentro de un rato. Estoy esperando a mi marido.

VECINA 3ª.- (Voz de.) ¡Ah, ya! Nosotros nos vamos ahora mismo.

JUAN.- ¡Oh, estas tardes de sol, iguales una detrás de otra! Esa música que suena en algún sitio. Esas voces. Es lo que más me estremece. Esas voces oídas en la tarde desde mi cuarto. Gente que pasa riendo o llorando, hablando simplemente de si la película fue buena, o del último éxito de su equipo.

(Entra el NIÑO 3º, se asoma a la barandilla del patio y grita: «¡Mamá!...» Una voz de mujer le contesta: «¿Qué?...» «¿Puedo ir a montar en los caballitos?» «...Se va a hacer de noche, hijo.» «Sólo un ratito, mamá...» «Está bien; pero vuelve pronto...» El NIÑO grita de gozo y sale corriendo.)

ANDRÉS.- Despreocúpate. Sal a la calle con los amigos ¡Y chicas! ... Aventuras no te faltarán. Lo sabes mejor que yo.

JUAN.- ¿Y qué quieres que haga con el amor de todas esas mujeres que me aman sin comprenderme? ¿Tengo yo la culpa? No lo comprendo.

ANDRÉS.- ¿Qué?

JUAN.- Todo esto. No tiene ningún sentido. Vas por la calle y una muchacha se te queda mirando. O notas que la vecinita del piso de abajo te sonríe al bajar la escalera, y te das cuenta, no sé, de que es distinta. Y así un día. Y otro. Ir por ahí despertando sentimientos de los que te sientes extraño.

ANDRÉS.- ¿No te has enamorado nunca?

JUAN.- Nunca; ¡y si vieras cómo lo he deseado!... Porque es que así es como ver la vida desde lejos. Es como mirar un acuario. Ves moverse los peces dentro. Y tú estás fuera, excluido. Y los peces gritan y te llaman. Pero tú no puedes ayudarles porque estás lejos. Allí cerca, pero ¡tan lejos..!

ANDRÉS.- Tú llegarás. Todos tenemos gran fe en ti.

JUAN.- Es lo que más me duele. A veces pienso que os estoy estafando. Bueno, y aunque fuera cierto, ¿qué? Me lo pregunto muchas veces. ¿Merece la pena? ¿Qué sentido tienen todas estas cuartillas? ¿Qué me importa a mí toda esa gente desconocida que algún día quizá llegue a leerlas? ¿Qué me importan los sentimientos que despertarán en ellos? **(Pausa.)** Pero, Andrés, ¿qué sé de sus vidas? ¿Qué saben ellos de mí? **(Pausa.)** Verás, algunas tardes me asomo a la ventana y le invento una historia a cada uno que pasa. Esa muchachita que va mirándose en todos los escaparates va a su primera cita. El la besará. Luego querrá todo lo demás, pero ella se resistirá, aunque lo desea también. Después, un día. Y otro. Por fin, una noche... Y entonces todo habrá muerto. Porque cuando muere la ilusión, todo se vuelve costumbre. Hasta el amor. Al final terminará siendo un olor a cocina y un ruido de cafetería en una habitación donde una cama cruje. Una habitación con una ventana abierta desde donde se ven unas estrellas que no son y a las mismas, que no lo serán nunca más. Entonces la muchacha dobla la esquina. Y todo vuelve a empezar.

ANDRÉS.- Viaja. Antes viajabas mucho.

JUAN.- El mundo es igual en todas partes, Andrés, ¿sabes? Algunas tardes estoy aquí, en mi cuarto, escribiendo, y oigo cantar a los chiquillos del barrio. Están ahí, en la terraza, jugando con sus espadas de madera y sus gorros de papel. Y entonces me acuerdo del niño que fui, y lloro. Es tonto, pero es así. ¿Por qué dejaremos de ser niños? Entonces cierro la ventana y pongo la radio a todo volumen para poder llorar sin que nadie me oiga. Y si en ese momento alguien me preguntara: «¿Por qué lloras?», tendría que responderle que no lo sé. Porque es como una congoja sin sentido, que no tiene principio ni fin, pero que a veces basta lo más mínimo para que todo estalle. ¡Dios mío, me siento tan solo! ...

(Sale a la terraza. ANDRÉS le sigue con la botella y su vaso. ANDRÉS se sienta en una banqueta. JUAN, de

pie.)

ANDRÉS.- Mira: todos nos sentimos un poco solos, a veces, Juan.

JUAN.- Pero es que lo mío es distinto. Además, me ocurre a cada momento y en los sitios que menos podía esperarse. La otra tarde iba por el paseo. A mi alrededor paseaba mucha gente, abriéndose paso con los codos. Y, de pronto, me sentí solo, ¿comprendes? Fue como un latigazo. Me decía: «Estoy aquí. Miro a toda esta gente. Nos miramos. Pero ellos y yo sabemos que nada tenemos en común». Hubiera querido coger por un brazo a cualquiera de ellos y hacerle una pregunta humana.

ANDRÉS.- ¿Qué...?

JUAN.- Cualquier cosa: «Que cuántos años tiene, si estaba contento con su trabajo, si tenía novia, si tenía ilusiones y cuáles eran sus proyectos para el futuro.» Me hubiera tomado por un loco. Si dices: «¿Te gustó la última película de Brigitte Bardot, o el partido de fútbol de final de copa Barcelona-Madrid?», te responderán sí o no. Pero todo estará dentro de lo previsto. Sin embargo, di: «¿Te sientes en paz contigo mismo? ¿Amas la vida? ¿Sueñas aún alguna vez?» Se reirán de ti. Sufrieron en silencio porque les da vergüenza confesar que están solos. «Sí, señor...» «No, señor». ¡Comedia!... ¿Y todo para qué? Para que los demás no se den cuenta de su vacío interior, de su miedo... Perdona, te estoy aburriendo.

ANDRÉS.- No, nada de eso.

JUAN.- Mirabas el reloj.

ANDRÉS.- Sí, es que tengo una cita.

JUAN.- ¿Aquella pelirroja?

ANDRÉS.- Sí.

JUAN.- Y qué..., ¿se da bien?

ANDRÉS.- Nos casaremos a principios de año.

JUAN.- ¡Ah, vamos! Entonces... quieres decir que.... que la cosa va en serio.

ANDRÉS.- Sí

JUAN.- La conocimos juntos, ¿recuerdas?

ANDRÉS.- El día de Año Viejo en el guateque de la tienda. Hace dos años.

JUAN.- ¿Tanto tiempo ha pasado ya? **(Interrumpen de nuevo los NIÑOS persiguiéndose. Se entrecruzan entre JUAN y ANDRÉS. Este da un azote a uno, un capirotazo a otro. JUAN está como ausente.)** Parece que fue ayer cuando tú y yo íbamos dando gritos por el desmante, y organizábamos pedreas contra los chiquillos de los otros barrios. **(En la realidad.)** Recuerdas cuando aquél..., ¿cómo se llamaba?... le faltaban dos dientes, su madre tenía un estanco y él le robaba tabaco para toda la pandilla. Me dio una pedrada en la sien. Cuando recobré el conocimiento, estaba de rodillas a mi lado, llorando ¡Qué cara de susto teníais todos!... **(Ausente.)** ¿Qué habrá sido de él? ¿Y de los demás? Unos se han casado. Otros se han ido. **(Recuerda.)** ¡Marcos!...

ANDRÉS.- Marcos, sí, hombre.

JUAN.- Se llamaba Marcos, ahora lo recuerdo. **(Se oye ruido de gente que sube. JUAN se asoma a la escalera.)** Ya están allí esos. ¿Quieres llevarte otro libro?

ANDRÉS.- Pero...

JUAN.- Nada, hombre; haz un esfuerzo.

(Entran en la casa, suben al cuarto de JUAN, donde éste busca un libro en la estantería y se lo da. En ese momento entra PABLO con sus amigos. Cuatro MUCHACHOS y tres CHICAS de su misma edad. Una de ellas es PILI. Entran riendo y bromeando entre sí. Traen un «pick-up» y algunos discos. Traen también farolillos, serpentinas, confeti y un buen número de «Coca-Colas», que abren y beben «ad libitum» durante todas sus escenas. Se oyen fuera las voces, risas, y cantos de los NIÑOS.)

PABLO.- **(Entrando.)** Vamos, chicos, ¡al abordaje!...

MUCHACHA 1^o.- Yo quiero oír este disco primero.

MUCHACHO 2^a.- Qué, ¿colocamos los farolillos?...

MUCHACHAS 2^a y 3^a.- Sí, sí.

MUCHACHO 1º.- (A MUCHACHA 1ª.) ¿Qué disco es?

MUCHACHA 1ª.- «Fascinación»

MUCHACHO 1º.- No seas cursi. Pon otra cosa (**Entre todos colocan los farolillos.**)

MUCHACHO 3º.- (A PABLO.) Pero ¿no quedamos en que sin luces?... (**Se oye un disco.**)

PABLO.- Con apagar luego...

(Los MUCHACHOS 1º y 2º. colocan los farolillos. Las MUCHACHAS han puesto «Fascinación». Y eligen los siguientes discos: «Oh, este es maravilloso...» «El reloj, el reloj, luego el reloj...». Una de las CHICAS saca un disco en cuya portada hay una foto de Paul Anka.

Grita: «¡Paul Anka...! ¡Huy, qué guapo!... ¡Qué ilusión...». Besa la foto y la aprieta entre los brazos con arrobó. Los CHICOS se burlan «¡Huy, Paul Anka! ¡Qué mono!...» «¿Habéis oído? Paul Anka... ¡Qué tierno!...» hacen gestos de burla. Ellas se defienden: «¿Vosotros qué entendéis?», etc.)

MUCHACHO 3º.- (A PABLO.) Podremos fumar, ¿no?

(Sale LAURA de la habitación, atraviesa la sala y entra en la terraza. PILI va hacia ella y la besa.)

PILI- Hola, Laura.

LAURA.- Hola, Pili. ¿Cómo estás?

PILI- Pues y a ves...

PABLO.- ...Espera a que se meta mi hermana.

LAURA.- ...Jesús, el tiempo que hace que no te veía.

MUCHACHO 3º.- ...Pero a ti te dejan fumar, ¿sí o no?

PABLO.- No.

MUCHACHO 3º.- ¿Entonces...?

PABLO.- Tú déjame a mí.

LAURA.- ¡Cuánto has crecido! (PILI ríe.)

MUCHACHO 3º.- ¿Y si sale tu padre?

PABLO.- A esta hora no está nunca en casa.

(**ANDRÉS y JUAN bajan. Se encienden los farolillos. Todos gritan y aplauden. Las parejas bailan el rock «Tinze Bomb». PABLO da vueltas nervioso, esperando que su hermana suelte a PILI.**)

ANDRÉS.- (Bajando.) ¿Quieres que avise a Margarita y salimos los cuatro juntos? En el Odeón echan un programa magnífico. Luego podríamos ir a cualquier sitio.

JUAN.- No, gracias. Prefiero estar solo.

LAURA.- (Contrayéndose por un dolor repentino.)
¡Oh...!

PILI.- (Asustada.) ¿Qué te pasa?

ANDRÉS.- Está bien. Adiós.

PILI.- ¿Te duele?

JUAN.- Adiós.

LAURA.- ...No es nada. Ya se pasará.

PILI.- ¿Les digo que paren la música?

LAURA.- No, no. Divertíos. Esto es sólo un momento. ¿Ves?... Ya pasó. Hasta luego, pequeña. Te dejo. Que está allí Pablo mirándome con unos ojos...

PILI.- (Sonriendo.) ¡Qué cosas tienes!

(**LAURA entra en la casa justo en el momento que ANDRÉS sale. PABLO y PILI bailan junto a las otras parejas.**)

LAURA.- Hola, Andrés

ANDRÉS.- Hola, Laura; ¿qué tal va eso?

LAURA.- ¡Vaya! ...

ANDRÉS.- ¿Qué prefieres, niño o niña?

LAURA.- ¡Niño! Las mujeres siempre sufriendo. ¿Sabes si está abajo Margarita?

ANDRÉS.- Cuando subí, hace un rato, sí. Y no creo que se haya ido; sale muy poco.

LAURA.- Ya. ¿Quieres decirle que suba un momento a hacerme compañía?

ANDRÉS.- Sí; voy en seguida, Laura. Hasta luego, Juan.

JUAN.- Hasta luego.

LAURA.- Adiós.

(ANDRÉS sale de la casa; atraviesa la terraza, hace a PABLO un gesto pícaro a espaldas de PILI; luego va donde ésta y le dice al oído: «Esta niña es la monada del barrio...» y le acaricia el pelo. PABLO le aparta la mano de un golpe. Grita: «¡Eh, cuidado con las manos!...». ANDRÉS dice: «¡Celoso...!». Los chicos se arremolinan: «¡Mira, se pone colorado!...» «¡Que te la va a quitar, Pablo...!» «Ándate con cuidado...». PABLO: «¿A mí...?» Y sigue bailando con gesto de desafío. ANDRÉS sale. JUAN se acerca a LAURA.)

JUAN.- ¿No te molestamos?

LAURA.- No. (JUAN entra en la cocina, sale con un vaso de agua con el que toma una tableta.)

LAURA.- ¿Qué te ocurre?

JUAN.- La cabeza. Ya sabes. Se pasa en seguida. Y tú, ¿qué tal te encuentras ahora?

LAURA.- Mejor.

JUAN.- ¿Te duele?

LAURA.- Ahora, no.

JUAN.- Es ya cuestión de muy poco tiempo.

LAURA.- Y después, ¿qué?

JUAN.- ¿Cómo después?

LAURA.- Sí, sí; después. Cuando ya haya nacido este, vendrá otro y otro. (**Llora.**)

JUAN.- Pero, Laura, todas las mujeres...

LAURA.- Yo nunca quise ser mujer. Os he envidiado siempre. A ti y a Paco. Ser hombre y salir a la calle, y poder ir a todos los sitios, y gritar y reír todo cuanto quisiera.

(Uno de los MUCHACHOS grita de pronto: «Oíd, muchachos... ¿Por qué no bailamos la Conga?...» Todos corean: «Oh, sí...» «Magnífico...» «Vamos...» «En fila todos...» Y en fila, cogidos de la cintura, comienzan a bailar la Conga. Durante el diálogo, salen de escena, vuelven a entrar y a salir, cogidos, cantando: «Venga, hombre, que es para hoy...» «Uno, dos... y tres...» Todos: «La Conga... de Jaliscooo...», etc. LAURA se ha sentado y solloza sobre la mesa.)

JUAN.- ¿No le quieres?

LAURA.- ¿A quién?

JUAN.- A Antonio.

LAURA.- ¡Mírame! Él tiene la culpa. A veces creo que le odio. Porque él sigue siendo libre. Y puede ir por allí con los amigos, mientras yo me retuerzo de dolor a solas. ¡Oh!...

JUAN.- ¿Qué te pasa?

LAURA.- Lo siento... Lo siento agitarse dentro. Juan...

JUAN.- ¿Qué?

LAURA.- ¿Te he dicho alguna vez que te quiero, que todos te queremos mucho, aunque no te comprendamos? También Margarita. Ella sobre todo. Sí, no me mires así con esa cara. Haría falta estar ciego y sordo para no darse cuenta. Quiérela, es buena.

JUAN.- Sí.

LAURA.- Debes tomar una decisión. Cásate con ella o con otra, o márchate por ahí detrás de tus sueños. Pero, ¡decídete... Tienes muchos caminos ante ti. Pero no puedes quedarte sentado viendo cómo se cierran uno tras otro porque no te decidiste a tiempo.

JUAN.- Lo haré.

(Entra MARGARITA en la terraza; saluda con un gesto a PABLO. Atraviesa la terraza.)

LAURA.- Prométemelo.

JUAN.- Te lo prometo.

LAURA.- ¿Sabes? Si es niño, le llamaremos como tú. Y será para todos como ese hijo que no has querido aún tener tú.

MARGARITA.- **(Entrando.)** ¿Se puede?

LAURA.- Pasa, Margarita.

MARGARITA.- ¿Qué te pasa, Laura?

JUAN.- Hola.

LAURA.- **(Con un gesto de dolor)** ¡Oohh...!

JUAN.- ¿Crees que ha llegado el momento?

LAURA.- Sí... ¡Oh, esto es el fin! El fin... ¡el fin!...

JUAN.- Baja a tu casa y llama por teléfono a la clínica. Di que envíen una ambulancia. **(MARGARITA sale corriendo en el momento en que el grupo de MUCHACHOS entran corriendo, jadeantes. Van al «pick-up» y ponen el rock «Beatnik Lly». Bailan moviéndose obsesivamente, más rápido cada vez. Dan palmas, gritan. MARGARITA tiene que apartarlos de su camino. Se interponen, cruzan. Al fin logra salir. Debe quedar muy marcado el contrapunto entre el dolor de LAURA y sus gritos ahogados por la música y el jadeante y rítmico movimiento de las parejas que va a más, a más ¡a más!...) ¿Te duele?**

LAURA.- Sí. ¡Oohh! ... Es horroroso.

JUAN.- Espera.

(Entra en la cocina. LAURA se retuerce y grita sin que sea oída por nadie. Entra JUAN al fin con una toalla mojada que pone sobre la frente de LAURA. La música está en el paroxismo. JUAN grita:) ¡Pablooo...! (Nadie le oye. JUAN deja a LAURA y abre la puerta y grita

nuevamente.) ¡Esa música...! ¡Parad esa música! (PABLO corre y para el disco. Todos se miran sin comprender aún bien. PABLO entra en la sala.)

LAURA.- (A gritos.) ¡No puedo resistir más! ... ¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡Dios mío, voy a morir!... ¡Esto es horroroso!... Lo sé. Voy a morir.

JUAN.- Ayúdame a levantarla.

(PABLO corre al otro lado y entre los dos la levantan con sumo cuidado.)

LAURA.- ¡Oooh!...

JUAN.- ¡Con cuidado! ...

(La sacan de la habitación, atraviesan la terraza.)

LAURA.- ¡Ay Dios mío... ¡No puedo más! ¡No puedo más! ... ¡Quiero morirme ... ¡Quiero morirme!...

(El grupo de MUCHACHOS miran asustados. JUAN y PABLO, con LAURA entre los brazos, pasan entre la dos hileras de rostros asustados. La sirena de la ambulancia que se acerca lo inunda todo como un aullido gigantesco.)

(TELÓN.)

Acto III

Son las diez y media de la noche. «Mamaaá...» -es realmente una hermosa noche: el cielo es como una gran cosa morada. Se oye cantar a los NIÑOS «Carrasclás ..., carrasclás..., ¡qué bonita serenata...!» A lo lejos, el fulgor de la feria. De vez en vez, asciende

hasta la terraza una bocanada de risas y músicas ...
«¿Dónde está mi muñeca?», -e incluso llegan a oírse claramente los gritos de las muchachas asustadas que giran en la ola- «¡oooooh...!» -los disparos y las voces chillonas- «¡He perdido mi muñeca!»... -anunciando por los altavoces. Más sobre todo importan los silencios- «Tengo una muñeeecaaa...» -porque a veces todo se apaga hasta morir- «... vestidaaaa de aaazul...» -y es como si realmente ya nada- «¡Dámela, es miiía!»... «Nooo, es miiíaaa!»... importara. Están más solos, entonces. Hasta que todo, rumores, luces, música, risas y gritos, vuelve a girar y a girar como una noria dantesca. «¡Muertooooo!»... -Los niños juegan a guardias y ladrones- «¡Te mateeé...!» -atravesan sigilosos la escena en busca de escondite- «¡No vale!... Me has visto esconderme...». Se enfrentan, luchan, y el vencido es llevado a rastras prisionero. Disparan alargando el brazo con el índice extendido- «¡baang...!» -el herido cae sujetándose el vientre con las manos. Las NIÑAS buscan misteriosos tesoros escondidos:- «¿Jugamos a los alfileres?» -Tesoros de abalorios, alfileres con cabeza de colores y cristales de roca, residuos de viejos collares- «Ya no se veee...» -En todo momento debe existir un violento contraste entre el mundo fabuloso que los NIÑOS crean con sus gestos y sus frases cifradas, cuyo sentido ellos solos saben, y la realidad de los hechos vividos por los mayores. En un momento dado entra corriendo un NIÑO con una chisporroteante hélice giratoria entre los dedos, como una flor que sangra luz de mil colores. Todos le rodean. La flor se apaga y ellos gritan un larguísimo -«¡Aaaanuah...!»- de desilusión.

En este acto, la forma de intercalar las extrañas frases que brotan y caen duras y breves, o bien se alargan infinitamente hasta desaparecer, así como la regulación de las entradas y salidas de los NIÑOS, queda a elección total del director, excepto aquellas veces en que se señale explícitamente un movimiento o una palabra. RICARDO revuelve los cajones de la cómoda, tirando al suelo su contenido, en busca de algo. ADELA charla con las vecinas por el hueco del patio. De la explanada llegan voces y risas de la verbena. Música de organillo. En el fondo del cielo brilla el fulgor intermitente de las estrellas.

VECINA 1ª.- (Voz de.) ¿Y es guapo?

ADELA.- (Riendo.) ¡Ay, sí! ¡es precioso... Todo coloradito, como un cangrejo... ¡Y una de llorar...!

RICARDO.- (Vocea.) Adela! ... **(Para sí.)** Estoy seguro de haberla dejado en la cómoda.

VECINA 3ª.- (Voz de.) ¿Cuánto ha pesado?

ADELA.- Más de cuatro kilos...

VECINA 4ª.- (Voz de.) Estará usted...

ADELA.- ¡Huy! No me diga, que estoy loca, ¡lo que se dice loca de alegría!...

RICARDO.- ¡Adela! ...

ADELA.- Ahora mismo acabamos de llegar de la Maternidad.

VECINA 1ª.- (Voz de.) Pero ¿cómo es que la han dejado sola?

ADELA.- Por nosotros, fíjese. Pero por las noches no dejan estar a los familiares.

RICARDO.- ¡Adelaaa...!

ADELA.- (A RICARDO.) ¿Qué?... **(Volviéndose a las VECINAS.)** Perdónenme, que me llama mi marido. **(Va hacia la casa.)** ¿Qué quieres?

RICARDO.- ¿Has visto la caja de los puros?

ADELA.- ¿Qué puros?

RICARDO.- La que sobró cuando la boda.

ADELA.- ¿No la pusiste en el cajón de la cómoda?

RICARDO.- Aquí no está.

ADELA.- ¿Y yo qué quieres que te diga? La habrás cambiado de sitio.

RICARDO.- Pero si yo no los he vuelto a tocar...

ADELA.- Los habrán ido cogiendo los chicos, ¡qué sé yo **(Volviendo a la terraza.)** ¡Ay!, perdónenme que las dejara con la palabra en la boca. Es que mi marido anda buscando unos puros para obsequiar a los amigos, y con el nerviosismo no acaba de dar con ellos. **(Ríe.)** Está que parece el padre y la madre juntos.

VECINA 3^a.- (**Voz de.**) Y Laura, ¿qué tal pasó el trago?

ADELA.- Ha sufrido mucho, la pobre. Yo llegué al final. Me fueron a avisar a casa de unas amigas. ¡Fue un velatorio!... Figúrese qué contrasentido.

VECINA 4^a.- Y el padre, ¿qué dice?

ADELA.- ¡Ja!... ¿El padre? Lo tuvimos que sacar a rastras. Está como loco. A estas horas, emborrachándose en alguna taberna. Los hombres ya se sabe: cuándo por penas, cuándo por alegrías, todo lo arreglan emborrachándose.

RICARDO.- No, pues como se los hayan fumado, me van a oír, vamos. (**Grita.**) ¡Adelaaaa!

ADELA.- (**A RICARDO, volviéndose**) ¡Ya voy! ... (**A las VECINAS.**) Ahora nos vamos al circo.

VECINA 1^a.- Con los chicos, ¿eh?

ADELA.- ¿Los chicos?... ¡Cualquiera sabe dónde están ahora...! No, nosotros solitos, ¡solitos!

VECINA 3^a.- ¡Vaya con los abuelos!...

ADELA.- Ay!... Los abuelos... Pero si es que no me hago todavía a la idea.

RICARDO.- ¡Adelaaa...!

ADELA.- (**A RICARDO.**) ¡Que ya voy, hijo! (**A las VECINAS.**) Una noche es una noche, y otras como esta no nos vendrán ya muchas.

VECINA 4^a.- Está usted que se le sale el alma por la boca.

ADELA.- ¡Figúrese!... Es que tengo un hormigueo...

RICARDO.- (**A gritos**) ¿Vienes o no vienes?

ADELA.- (**Volviéndose.**) ¡Ya va! ... (**De nuevo a las VECINAS.**) ¡Ay Jesús lo que es este ¡Está que no ve! Fíjense que aún no ha abierto los ojos la criaturita y dice que tiene su mismo mirar...

(Ríen todos.)

VECINA 1^a.- ¡Pues, enhorabuena!

ADELA.- Muchas gracias. Hasta mañana.

VECINAS.- Hasta mañana. Adiós. ¡Y que siga la racha!

(Se oye la voz de una NIÑA que grita: «¡Una mariposa!... ¡Una mariposa negra...!»). Todos, «¿a ver? ¿a ver?... ». Un NIÑO: «Es un escarabajo, tonta...». La NIÑA: «¡Mentira!... ¡Mentira!... Es una mariposa negra...». Lloro. Risas.)

ADELA.- (Entrando.) ¿Qué te pasa, hombre? ¿Qué te pasa?

RICARDO.- Que no los encuentro.

ADELA.- Déjalos, y a comprarás otros.

RICARDO.- Pero no como estos. Eran unos puros magníficos. De contrabando, figúrate. No se encuentran en los estancos puros como esos. Además, estoy seguro de que los puse aquí.

ADELA.- A ver, a ver... (Mira ella.) ¡Dios mío cómo has puesto esto! Parece un campo de batalla. Luego, para volverlo a colocar todo va a ser ella. A ver si están dentro.

(Entran los dos por el pasillo. En ese momento entra el NIÑO 2º disfrazado de piel roja. Grita tamborileando la mano sobre la boca muy abierta: «¡Ooooh...!»), que debe ser en su opinión el grito de los sioux. Mira a un lado y a otro, se esconde al fin tras un cajón. Entran otros dos NIÑOS disfrazados de vaqueros, con pistolas. Le descubren. El NIÑO 2º intenta huir. Los otros- «¡bang, bang!» -disparan. El NIÑO 2º cae muerto. Los otros dos le cogen de piernas y brazos y le sacan a rastras por la puerta de la escalera. Entran en la sala ADELA y RICARDO. Este trae la caja de puros.)

RICARDO.- ¡Menos mal!

ADELA.- ¿Estás contento ahora?

RICARDO.- Pues yo los dejé aquí...

VECINA 5ª.- (Voz de.) ¡Señora Adelaaa!

RICARDO.- Te llaman.

VECINA 5ª.- (Voz de.) ¡Señora Adelaaa!

ADELA.- (Saliendo.) ¿Qué?

VECINA 5ª.- (Voz de.) Enhorabuena. Ya nos han dicho...

ADELA.- Muchas gracias, Martina, hija. (Al VECINO 2º.)
Hola, Manuel. Pues sí, es un niño precioso. Fíjese que ha pasado de los cuatro kilos.

VECINA 5ª.- (Voz de.) ¿Y cómo le va a poner?

ADELA.- Juan, como el chico mayor. Yo quería Ricardo, como el abuelo. Pero se han empeñado...

VECINO 1º.- (Voz de.) Juan es muy bonito.

ADELA.- Sí, muy bonito. Y vosotros, ¿qué? A ver cuándo os animáis...

VECINA 4ª.- (Voz de.) Es que está todo tan caro...

ADELA.- Mujer, una casa sin niños es un tiesto sin flores, como dice el refrán.

VECINA 2ª.- (Voz de.) ¿Y cómo está Laura?

ADELA.- Pues bien; claro que aún... Siempre estuvo un poco delicaducha.

VECINA 4ª.- (Voz de.) Bueno, pero lo peor ya pasó.

ADELA.- Sí, claro. (Transición.) Oiga: ¿por qué no suben todos a tomar una copita, eh?

VECINA 3ª.- (Voz de.) Pero, mujer, si son casi las once de la noche...

ADELA.- ¿Y eso qué importa? Al fin estamos todas en casa. Son sólo unas escaleritas. No me lo irán a despreciar, ¿eh?

VECINO 2º. (Voz de.) Pero...

ADELA.- Nada, nada les espero. Y avísenme también a todos los demás. ¡Un día es un día!

VECINA 4ª.- (Voz de.) Pero si es que estamos de trapillo. Como nos íbamos a ir ya a la cama...

VECINA 3ª. (Voz de.) Nosotros salíamos ya para la verbena.

ADELA.- Suban como estén, que hay confianza. ¡Hala!, no se discuta más. Voy a preparar un poco esto. Hasta ahora. **(Entrando en la casa.)** ¡Ricardo!

RICARDO.- Qué, ¿vamos ya?

ADELA.- Espera un poco. Van a subir los vecinos.

RICARDO.- ¿A estas horas?

ADELA.- También para ellos era tarde, y les ha faltado tiempo, en cuanto lo han sabido, para llamar y darnos la enhorabuena. Anda, ayúdame. Trae el vino blanco y unas galletas. Oye: ¿te parece que deberíamos abrir alguna conserva?

RICARDO.- Supongo que no habrán pensado que les vamos a dar de cenar.

ADELA.- ¿Ya estás?

RICARDO.- ¿Dónde está el vino blanco?

ADELA.- En el armario de la cocina.

RICARDO.- **(Entrando en la cocina.)** Luego tendremos que ir con prisas, como siempre.

ADELA.- Vamos, vamos, que siempre tienes que gruñir por algo. Tráete una bandeja. ¡Y un par de servilletas!...

RICARDO.- La que se va a armar mañana en la taberna cuando entre.

ADELA.- Y yo en el mercado...

(Entran la NIÑA 1ª y la NIÑA 2ª. La NIÑA 1ª trae un bote de hojalata en la mano y lo coloca en un rincón, mira al cielo y lo cambia de sitio.)

NIÑA 2ª.- ¿Qué buscas?

NIÑA 1ª.- Estrellas

NIÑA 2ª.- **(Mira al cielo.)** Están tan lejos.

NIÑA 1ª.- Siempre cojo algunas en el fondo del agua.

NIÑA 2ª.-¿Y qué haces con ellas?

NIÑA 1ª.- Beberlas, luego se sueña con hadas.

NIÑA 2ª.- ¿Me dejarás beber a mí también?

NIÑA 1ª.- Bueno; pero sólo una. El bote es tan pequeño que sólo caben tres o cuatro.

ADELA.- Ya están aquí. Pasen, pasen...

(Comienzan a entrar los VECINOS. Son tres o cuatro mujeres y dos hombres. También están MARGARITA y sus padres. La VECINA 1ª se dirige a la NIÑA 1ª, que está en cuclillas en el suelo.)

VECINA 1ª.- ¡Margot!... ¿Qué haces tirada en el suelo?

NIÑA 1ª.- Estoy cogiendo estrellas.

VECINA 1ª.- A ti te voy a dar estrellas en cuanto baje. Trae esa porquería.

(La coge de un brazo y la arrastra hacia la puerta. Tira el bote por el hueco del patio; las dos NIÑAS salen corriendo cogidas de la mano.)

ADELA.- Pasen, pasen con toda confianza.

VECINA 3ª.- ¡Enhorabuena! Madre mía, la ilusión que debe hacer traer un hijo al mundo.

VECINA 4ª.- Si tuviera usted seis como yo...

(Entran todos. Los hombres abrazan a RICARDO y las mujeres besan a ADELA. Hablan todos a la vez.)

ADELA.- Pero sírvanse, ¡sírvanse!... Trae más vasos, Ricardo.

(RICARDO entra en la cocina y saca más vasos; se sirven. El VECINO 1º dice: «¡Un brindis...!». Todos: «Sí, sí; un brindis, un brindis...». Brindan: «¡Por los abuelos!...». Beben, ríen; alguien dice: ¿Por qué no

cantamos algo?». «Sí, sí...». «¿Qué?». «¿Cualquier cosa!...». Uno comienza a cantar una canción: «En medio de los campos nació el romero, leri, leri», etc. Todos le siguen y gritan: «Vino..., ¡más vino! Eso, más vino...». Siguen cantando. De pronto se abre la puerta de la escalera y entra JUAN. Trae cogido de los hombros a ANTONIO, que está completamente borracho.)

JUAN.- ¡Cuidado!

ANTONIO.- ¿Ya no hay más escalones? ¡Creí que subíamos al cielo!

JUAN.- Vamos, agárrate a mí.

ANTONIO.- ¿Es esto el cielo? ¿Dónde están las estrellas?

JUAN.- (Que ha escuchado.) Serénate, que hay gente en casa.

ANTONIO.- (Señalando las estrellas.) ¡Míralas! ... **(Ríe.)** Se han subido al piso de arriba. ¿Vamos por ellas?

(Los VECINOS han oído ruido. Dejan de cantar. Se asoman a la puerta.)

VECINA 1ª.- Aquí está el padre.

ANTONIO.- Sí, señor. El padre... ¡Yo soy el padre!

VECINA 3ª.- ¡Jesús, cómo viene...!

JUAN.- Está un poco mareado.

ANTONIO.- ¿Mareado yo? **(Ríe.)** ¿Quién ha dicho que yo estoy mareado?

(Ve a las vecinas y las besa ruidosamente.. Abrazos, risas.)

ADELA.- (Saliendo.) ¡Dios mío, cómo viene! ¡Qué hombres, qué hombres! ... **(A JUAN.)** Pero ¿cómo le has dejado beber de ese modo?

JUAN.- Cuando le encontré estaba y a así.

VECINA 3ª.- ¡Un brindis! ...

VECINA 4ª.- Sí, sí, un brindis.

RICARDO.- A ver, Antonio. Di algo. Se trata de tu hijo.

(ANTONIO coge un vaso. Se lo llenan. Una pausa. De pronto inesperadamente, grita:)

ANTONIO.- ¡Porque llegue a vivir en un mundo menos cochino que este!...

(Todos ríen. ANTONIO bebe de trago y rompe el vaso contra la pared. Todos quedan en suspenso, sin saber cómo reaccionar.)

VECINA 1ª.- ¡Jesús! ...

ADELA.- ¡Oh! ¡Dios mío!... Juan, desnúdale y métele en la cama. Ustedes perdonarán. Ya saben lo que son estas cosas.

(Los VECINOS asienten e inician la retirada. JUAN ha entrado en la casa y se lleva a ANTONIO a su habitación por el pasillo de la cocina.)

MARGARITA.- (A su madre.) Yo bajaré en seguida, mamá.

VECINA 5ª.- Está bien; no tardes, hija.

RICARDO.- Y ahora, ¿qué hago con las entradas? ¿Las rompo?

ADELA.- No sé; no sé qué hacer. Estoy avergonzada. Mira que ha ido a presentarse en el momento oportuno.

MARGARITA.- Márchense tranquilos. Entre Juan y yo le atenderemos.

RICARDO.- ¿Qué te parece?

ADELA.- Pues no sé. En fin, está bien. Vámonos. Muchas gracias, hija. **(La besa.)** Eres un sol. ¡Ay, si tuvieras la suerte de que entraras en esta casa!... Tú ya me entiendes. Pero yo no sé qué tienen los hombres a veces. Parece como si les pusieran vendas en los ojos.

RICARDO.- Vamos, mujer, vamos.

ADELA.- Adiós, hija, adiós. Ya le diré, al bajar, a tu padre que te quedas un ratito.

MARGARITA.- Muy bien,

RICARDO.- Hasta mañana, pequeña.

MARGARITA.- Adiós.

(Salen. MARGARITA entra en la casa. Se encuentra con JUAN, que ha entrado en busca de una toalla.)

JUAN.- ¿Se fueron todos?

MARGARITA.- Sí.

JUAN.- Trae un poco de agua.

MARGARITA.- Está bien.

(MARGARITA entra en la cocina. JUAN saca una toalla de la cómoda y sale. Al poco sale MARGARITA de la cocina con la palangana y va a la habitación de ANTONIO. En ese momento entra PABLO corriendo por la puerta de la escalera. Al poco entra PILI sofocada por el esfuerzo.)

PABLO.- **(Ríe.)** ¡El primero, rey del cielo!

(Entra PILI tocándose un tobillo.)

PILI.- ¡Oooh!..

PABLO.- No puedes competir conmigo.

PILI.- Porque me caí. Si no, ya hubieras visto.

PABLO.- (Preocupado.) ¿Te has hecho daño?

PILI- No. (PILI jadea.)

PABLO.- ¿Qué te pasa?

PILI- Estoy un poco cansada.

PABLO.- ¡Ven, ven! ¡Siéntate aquí!

(Le acerca una banqueta. PILI se sienta.)

PILI- (Abanicándose con la funda de un disco.) Hace calor, ¿verdad?

PABLO.- Sí. Espera un poco. (Va al fondo y coge una «Coca-Cola» de las que quedaron del baile. Ofreciéndosela.) Sólo quedaba esta.

PILI- (La coge.) ¿Y tú?

PABLO.- Beberé lo que quede.

(PILI bebe. PABLO la mira. PILI vuelve a beber. PABLO mira inquieto con un gesto como diciendo: «¡A ver si se lo bebe todo ahora...!»)

PILI- Ahora, tú. Vamos, ahora que está bien fría.

PABLO.- Sí. (Bebe. Con el nerviosismo se le caen unas gotas sobre la camisa.) ¡Oh!...

PILI- ¡Dios mío, te has calado la camisa!

PABLO.- No es nada. Ya se secará.

PILI- Pero puede quedar mancha. (PILI ha sacado su pañuelo e intenta limpiarle la mancha. PABLO le oprime la mano contra su pecho. Se miran. Parece que van a besarse. De pronto, PILI se separa. En esta escena lo que menos importan son las palabras. Han de ser los gestos de los chicos los que comuniquen al público toda su infinita ternura, su no saber qué decir ni dónde poner las manos, ni dónde mirar, etc. Desconcertada:) Tengo frío ahora.

PABLO.- (Sin saber qué decir.) Es... es la «Coca-Cola».

PILI- (De pronto.) Creo que deberíamos irnos. Es muy tarde. Van a reñirnos en casa. Tú coge el «pick-up». Yo llevaré los discos.

PABLO- Pili... (Está de rodillas en el suelo recogiendo las cosas.)

PILI- ¿Qué?..

PABLO- ¿Sabes que eres muy guapa?

PILI- ¿Sí?

PABLO- Sí.

PILI- Nunca me lo habías dicho.

PABLO- Pues lo he pensado. Lo he pensado siempre. Todos los días, cuando te veo, pienso: «Pili es la chica más bonita del mundo.»

PILI- Pero si yo estoy siempre en el colegio. No puedes verme.

PABLO- Sí, te veo. Te veo salir todas las tardes. Cuando termino en la academia, voy corriendo para verte salir.

PILI- Sólo te vi un día. Yo iba con mis amigas. Y nos tiraste piedras.

PABLO- Es que no quería que supieras... Las chicas andáis siempre riéndoos de esas cosas. (Preocupado.) ¿Te di...?

PILI- ¡Oh no; a mí, no! A Conchi, sí. Y le estuvo muy bien. Siempre andaba diciendo que tú... Bueno, que tú la mirabas. Y... bueno, ya me entiendes.

PABLO- ¿A esa? ¿Con todas esas pecas y ese moño tan feo?

PILI- (Ríe.) Y tiene la nariz respingona. ¿No te habías fijado? Así... (Ríen. Una pausa.) ¿Sabes? De pequeña, yo..., bueno..., no te apreciaba mucho....Ahora puedo decírtelo. Siempre andabas tirándome del pelo y haciéndome burla por todas partes.

PABLO- Me hacías mucha gracia. Ibas siempre con tantos lazos... Yo iba por detrás y... paf! No podía resistir la tentación.

(Ríen.)

PILI- (Mira al cielo.) Mira: ha salido una estrella.

PABLO- Dos.

PILI- Tres, cuatro... ¡Oh! Cada vez más. (Se miran.) Hace una bonita noche, ¿verdad?

PABLO- Sí.

(Miran al cielo. PABLO se va arrimando a PILI poco a poco. Esta le presiente cada vez más cerca, sin atreverse a mover ni a dejar de mirar las estrellas.)

PILI- (Volviendo a él.) ¿Por qué me miras así?

PABLO- ¿Cómo?

PILI- No sé. (Se aparta.) Quiero irme.

PABLO- Espera.

PILI- Es ya muy tarde. Van a reñirme en casa.

PABLO- Si es sólo un momento.

PILI- Bueno.

PABLO- (Traga saliva.) Pili...

PILI- ¿Qué?

PABLO- (Entrecortadamente.) Tengo..., quiero decirte una cosa... (Respira fatigosamente.) ¿Quieres.... quieres ser..., (Al fin.) mi novia?

PILI- (Sin mirarle.) Pero... ¿tú me quieres?

PABLO- (Con el alma en un puño.) Sí.

PILI- ¿Quieres decir que..., que estás enamorado de mí?

PABLO- Sí.

PILI- (Volviéndose.) ¿Como..., como en las películas?

PABLO- (Desconcertado.) Pues... no sé. Algo parecido. Sí. ¿Qué dices?

PILI- (Titubeando.) Que..., que sí.

PABLO- ¿Sí?...

PILI- Sí.

PABLO- ¿De veras?

PILI- Sí. (PABLO ríe.) ¿De qué te ríes?

PABLO- (Dando saltos.) No sé. Soy tan..., tan feliz!...

PILI- Yo también.

PABLO- Entonces, ¿tú me querías también un poquito?

PILI- Sí.

PABLO- Y yo que pensé que no podías verme. Y, bueno, como siempre estabas hablando con ese tonto de Ernesto...

PILI- Como tú no hacías nada... (PABLO empieza a dar saltos por la escena. Grita: «¡Aaah...! ¡Soy feliz...! ¡Soy feliz!».) PILI le mira un poco asustada.) ¿Qué te ocurre ahora?

PABLO- ¡Soy feliz! ... ¡Soy feliz! ...

PILI- Me habías asustado.

PABLO- (Acercándose a ella. Con mucho misterio.) Pili...

PILI- ¿Qué?

PABLO- Voy a enseñarte una cosa. Pero tienes que prometerme que no se lo vas a decir a nadie.

PILI- Te lo prometo.

PABLO- ¡Júralo!

PILI- Lo juro... (Hace una cruz con los dedos que besa por ambos lados.)

PABLO- Es que mi hermana me ha dicho que me daría una paliza si volvía a traer otro. Supongo que ahora que tiene un niño se le habrá pasado. Espera.. (Entra en la casa. Saca de debajo de la cómoda una caja de colorines. Sale. Va junto a PILI.) Mira. (Abre la caja.) Es un ratón blanco.

PILI- ¡Qué bonito! ¿Cómo se llama?

PABLO- No tiene nombre. Pero podemos ponerle uno, si

tú quieres.

PILI- (**Acari ciándolo.**) ¡Qué suavcito es!... (**PABLO cierra de pronto la caja.**) ¿Por qué cierras?

PABLO- Podría escaparse. Y los gatos no distinguen de colores.

PILI- ¿Me lo dejarás acariciar alguna vez?

PABLO- Siempre que quieras. Me lo meto debajo de la camisa y nos vamos por ahí a darle de comer. Oye...

PILI- ¿Qué?

PABLO- ¿Sabes lo que he pensado?

PILI- ¿Qué?

PABLO- Que te lo regalo.

PILI- ¿De veras?

PABLO- Sí. (**Le entrega la caja.**)

PILI- ¡Qué chiquitín!...

(**PILI aprieta la caja contra el pecho. Se aparta. PABLO se acerca a chica.**)

PABLO- Y ahora..., ahora que somos novios..., ¿me dejas que te... que te dé... un beso?

(**PILI queda sin saber qué decir. PABLO se acerca más, más. PILI cierra los ojos. PABLO la besa suavemente en la mejilla... En ese instante los NIÑOS se asoman. Uno de ellos dispara su tirador contra la pareja. PILI acusa el golpe, da un grito. Los NIÑOS corren. PABLO detrás de ellos. JUAN sale de la cocina terminando de secarse las manos.**)

PABLO- Te he visto. ¡Te he visto!... ¡Ya te cogeré, ya Ahora vas a ver.

(**Salen corriendo detrás del que disparó. PILI recoge el «pick-up» y los discos y sale corriendo detrás. Los**

NIÑOS ríen ante la puerta y se hacen entre ellos el amor falseando la voz exageradamente: «¡Pili, te quiero!». JUAN ha salido a la sala. Se sienta. Parece agotado. Tiene la cabeza entre las manos. «¡Mi vida!... ¡Me das un besito? ¡Huumm!». MARGARITA se ha acercado por detrás a JUAN, le abraza y le besa. Estalla en el cielo una flor de luz, y otra, y otra.)

NIÑO 1º.- ¡Los fuegos!

NIÑO 2º.- ¡Mira qué bonitos! ...

NIÑA 2ª.- ¡Cuántos colores!...

(Todos juntos cerrando la mano sobre la boca, imitando el sonido característico de los fuegos artificiales.)

TODOS LOS NIÑOS.- ¡Ssssstttttt! ¡Aaaaahhhh!

NIÑO 1º.- Vamos a verlos desde la explanada.

(Todos gritan: «Sí, sí; vamos, ¡vamos!». Y salen corriendo por la puerta de la escalera.)

JUAN.- (Desasiéndose del abrazo.) Por favor.

MARGARITA.- Te quiero.

JUAN.- Déjame.

MARGARITA.- Te quiero tanto.

JUAN.- Lo sé.

MARGARITA.- No, no lo sabes. No lo podrías comprender jamás. Hay que sentirlo. Juan, no te pido nada. Sólo estar a tu lado. No hace falta que me digas nada. Ni siquiera que me beses. Me callaré si también te molesta. Sólo sé decir cosas vulgares. Soy una muchacha vulgar.

JUAN.- No eres vulgar.

MARGARITA.- Sí. Lo soy. Lo soy. Y no me importa. Sólo me importaría si supiera que siendo de otro modo pudieras llegar a quererme un poco. (Pausa.) ¿En qué

piensas?

JUAN.- No sé. **(Los fuegos estallan en luz una y otra vez.)** ¿Qué es eso?

MARGARITA.- **(Sale a la terraza.)** Han comenzado los fuegos. Ven. **(Sale JUAN.)** Es bonito, ¿verdad? Tantas ventanas encendidas, y después las montañas y por fin el cielo. Y luz, toda esa luz en la noche. Oh Juan, deseo tanto que triunfes! Lo deseo tanto... Otras veces, no...

JUAN.- ¿Por qué?

MARGARITA.- Porque pienso que te perdería definitivamente. Y entonces deseo que todo te salga mal, que tus libros no los quiera nadie. Que todos se rían de ti. Entonces vendrías a mí, y llorarías sobre mi hombro, y yo te consolaría dándote todo mi amor. ¡Perdóname!...

JUAN.- Cuánto daño te estoy haciendo.

MARGARITA.- No me importa. Nada me importa ya. Te daría todo lo que me pidieras a cambio de nada. A veces creí que me había enamorado. Salía con un chico. Íbamos a la playa, al cine o al baile. Muchachos guapo y fuertes que de pronto me miraban serios con las manos en los bolsillos. Y yo entonces creía amarlos. «Sí, es el amor -me decía-. Esto es el amor...». Pero no.

JUAN.- ¿Cómo lo sabes?

MARGARITA.- Por nada. Esto..., esto que siento por ti es quizá menos bello. Y no puedo luchar. ¡Dios mío! ¡Cuánto he deseado olvidarte! Pensar que te habías ido. ¡Incluso que habías muerto! Para ser libre. Pero no es posible.

JUAN.- No creo que yo merezca tanto amor. **(Pausa.)**
Margarita...

MARGARITA.- ¿Qué?

JUAN.- Nada.

MARGARITA.- Algo ibas a decirme. ¿Qué es?
¡Dímelo...!

(Ha entrado PACO. Viene con esparadrapos en la cara. Atraviesa la terraza.)

PACO.- Buenas noches.

JUAN.- Hola... ¿Quién te ha puesto así? **(Ríe.)**

PACO.- ¿Eh?... ¡Oh, nada! Me he caído.

JUAN.- (Ríe.) Qué... Esa resultó un poco arisca, ¿eh?

MARGARITA.- Si te viera Carmen así...

PACO.- Oye, no irás a decírselo a ella, ¿verdad?

MARGARITA.-- No, no tengas cuidado.

PACO.- (Entrando en la casa.) ¿Dónde están los demás?

JUAN.- Han salido a divertirse. Hoy es una gran noche.

PACO.- (Ha cogido un botijo.) ¿Pues...? **(Bebe.)**

MARGARITA.- Laura ha tenido un niño.

PACO.- (Atragantándose.) ¿Un niño? ¿Qué Laura ha tenido un niño? ¡Y me lo decís así!... ¡Hurra!... Un pequeño Suárez. El primero de la nueva hornada. Habrá que empezar en seguida la fabricación en serie. Voy a llamar a Carmen ahora mismo para decírselo. Todas las demás mujeres han muerto para mí. Así mismo voy a decírselo. ¡Y a fijar la fecha de la boda! Y tú, hombre, ámate. ¿No ves que te está comiendo con los ojos? **(Sale corriendo.)**

JUAN.- Siempre corriendo detrás de las muchachas.

MARGARITA.- Pero él y otros como él tienen también sus sueños. Pero saben conformarse. Por eso son felices.

JUAN.- ¿Felices?...

MARGARITA.- Sí, felices. Estar alegre hoy, y triste mañana. Tener padres a los que respetar, y amigos en los que puede uno confiar siempre. Y una mujer y unos hijos a los que querer con toda el alma. Eso es ser feliz. Un poco de amargura y otro poco de placer. Y reír hoy y llorar mañana. Y así un año y otro. Lo que te pasa, Juan, es que sueñas demasiado. Hay que vivir, trabajar, ¡en lo que sea! Para venir a casa, por la noche, cansado, pero alegre, porque has hecho algo. No importa qué.... ¡algo! Y estar cansado al final de la jornada, pero sentirse en paz, porque al fin hay una meta. No importa cuál. La cuestión es que haya algo, al fondo, esperando.

(JUAN se ha sentado. Saca del bolsillo la carta que escribió horas antes.)

MARGARITA.- ¿Qué es eso?

JUAN.- Mi última oportunidad. Envié la novela a varios editores. Ni siquiera se molestan en contestarme. Sólo este lo ha hecho.

MARGARITA.- (Esperanzadamente.) ¿La acepta?

JUAN.- No. Sólo unas frases amables.

MARGARITA.- ¿Entonces...?

JUAN.- ¿Qué puedo hacer? Insistir, ¡insistir siempre! Quizá algún día...

MARGARITA.- Y entretanto, ¿qué? Sí, entretanto, ¿qué? Los años pasan y tú, ¿qué? Esperando, esperando, aquí metido, sin hacer nada. Sufriendo y haciendo sufrir a los que te quieren. **(Le quita la carta. La rompe y arroja los pedazos a la calle.)**

JUAN.- ¿Qué ha...? ¡No! ... ¿Por qué..., por qué has hecho eso?

MARGARITA.- ¡Déjate de sueños! Ya no hay tiempo para soñar! Vive... ¡Vive! ...

JUAN.- (A punto de llorar.) ¡No quiero ser un fracasado!

MARGARITA.- ¿Por qué un fracasado? ¡Hay cientos de caminos para un hombre!...

(Una pausa. JUAN la mira; de pronto se abraza a ella fuertemente como buscando refugio.)

JUAN.- ¡Ayúdame!... ¡Ayúdame!...

(MARGARITA se separa, le coge la cabeza entre las manos y le besa en la boca. El cielo es un mar de luz rojo, verde, blanco..., y la música y el público de la feria lo envuelven todo. Se abre violentamente la puerta de la escalera y entra PABLO corriendo, agitando la chaqueta por encima de la cabeza, como una bandera. Viene loco de alegría. Grita:)

PABLO.- ¡Me ha dicho que sí!... ¡Me ha dicho que sí! ¡Me quiere! ... Me quiere ... **(Ha pasado sin ver a la pareja. Entra en la casa.)** ¡Mamá!... ¡Papá!... Me voy a la verbena con Pili. **(Coge una hucha de barro, la estrella en el suelo, recoge las monedas y se las mete en el bolsillo.)** ¿Es que no hay nadie aquí? ¡Mamá! ... **(Entra en la cocina, vuelve a salir.)** Juan..., ¿estás ahí?

(Ha subido a la habitación de sus hermanos, mira y vuelve a bajar cantando. Sale a la terraza. Cuando ya va a salir, ve a la pareja. Se acerca a ellos y grita: «¡Eehh...!» Rompe a reír y sale dando un portazo. JUAN y MARGARITA se han vuelto sobresaltados, luego se miran y ríen también. La música sube de volumen. El cielo es un estallido de burbujas multicolores.)

JUAN.- (De pronto.) ¿Nos vamos nosotros también?...

MARGARITA.- Sí, ¡Vamos! ...

(Salen. Una pausa. La música sube de volumen. El cielo es una sinfonía iridiscente. De pronto, la noche y el silencio. Una pausa. Se oye la voz de VECINA 5ª, que grita:)

VECINA 5ª.- (Voz de.) ¡Señora Adela!... ¡Al teléfono... ¡Señora Adela!...

VECINO 1º.- (Voz de.) ¡Andrés!...

ANDRÉS.- (Voz de.) ¿Qué?...

VECINA 5ª.- (Voz de.) ¡Señora Adela!.

VECINO 1º.- (Voz de.) Sube corriendo. Lllaman de la clínica.

ANDRÉS.- (Voz de.) Voy.

VECINO 1º.- Recoge el recado, Marta. Yo seguiré llamando... ¡Señora Adela! ... ¡Señora Adela! ...

(Entra corriendo ANDRÉS en la terraza.)

ANDRÉS.- ¡Juan! ... ¡Señora Adela! ...

(Entra en la casa. Mira en la cocina. Sube a la habitación de JUAN. Baja.)

VECINA 3ª.- ¿Qué era?

ANDRÉS.- ¡Señor Ricardo! ...

VECINA 5ª.- ¡Dios mío, qué horror! ...

ANDRÉS.- ¡Antonio! ...

VECINA 4ª.- Pero ¿qué es? ¿Qué ocurre?

VECINA 5ª.- Laura... Laura... ha muerto.

VECINA 3ª.- Pero, ¿qué dice? ¡No es posible! ...

ANDRÉS.- **(Asomándose al patio.)** No hay nadie, mamá. ¿Qué hago?

VECINA 5ª.- Corre a buscarlos, hijo mío. Deben estar todos en la verbena. ¡Corre!... ¡Corre!...

(ANDRÉS sale corriendo.)

VECINA 1ª.- Pero ¿qué es? ¿Qué pasa? ¿A qué viene tanto grito?

VECINA 5ª.- Laura ha muerto. Acaban de avisar de la clínica. Y no hay nadie arriba.

VECINA 3ª.- No; no hay nadie. Han salido todos a la verbena. Precisamente a celebrar... ¡Dios mío, es espantoso!...

VECINA 4ª.- Hay que avisarles.

VECINA 5ª.- Ya ha ido mi hijo.

(Entretanto ANTONIO ha entrado en la sala, a medio vestir. Se despereza, y sale a la terraza a punto de oír

las últimas frases del diálogo.)

VECINA 6º.- Pero ¿qué ha ocurrido?

VECINA 1ª.- Laura ha muerto. Andrés ha ido a buscarles.
No hay nadie en casa.

VECINA 4ª.- ¿Es posible? Qué horror ... No sabe uno dónde la tiene. Pobre chica. Y precisamente ahora. Con lo contentos que estaban todos con el chico. Mire usted por dónde...

(ANTONIO, que lo está oyendo todo, avanza hacia el borde de la terraza como un sonámbulo. Comienza la traca. El horizonte es una gran hoguera de luces multicolores. Una oleada de música de feria lo envuelve todo. Se oye una voz que grita:)

UNA VOZ.- ¡Serenoooooo! ...

(Se oye una voz que grita:)

UNA VOZ.- ¡Serenoooooo! ...

OTRA VOZ.- ¡Vaaa!

(ANTONIO ha llegado al borde de la barandilla sobre el patio. Retrocede un poco y queda rígido, inmóvil, mirando al cielo incendiado, que estalla y estalla.)

(TELÓN MUY LENTO.)